La Beta Final

Vic C. Castella

Image not found.

Capítulo 1

La beta final

por Vic C. Castella

©2016

PRÓLOGO

Cuando los paramédicos llegaron al apartamento de la calle Löwenstrasse, en el centro de Zurich, encontraron el cuerpo del pequeño Lukas tensado sobre el espaldar de su silla, con la cabeza hacia el techo. De sus ojos brotaba un reguero de sangre escarlata y su boca había quedado abierta en una escalofriante mueca de terror. Sobre su pupitre de madera noble encontraron lo que parecía una pequeña consola de videojuegos, aún encendida, junto al televisor. El mando permanecía en la mano del chiquillo, apresado por el efecto del rigor mortis.

La policía no tardó en hacerse presente en el piso para realizar los correspondientes informes. La única persona que se encontraba allí en el momento del deceso era la auxiliar de aseo, quien avisó a los servicios de urgencias al descubrir la macabra escena. El desgraciado hecho se produjo, según pudieron deducir de sus alteradas declaraciones, alrededor de las 17:30 de la tarde, hora en la cual el crío solía permanecer en su cuarto realizando sus tareas de clase, o simplemente descansando.

Andreas Greimel, el inspector a cargo de la investigación, reportó por radio los detalles confirmados por los primeros exámenes del equipo médico, quienes advirtieron una fuerte hemorragia cerebral con resultado de muerte. Habría que esperar a los resultados de la autopsia para confirmar las hipótesis sobre la causa de dicha sangría. Entre los posibles causantes: un posible tumor cerebral, algún enfermedad hematológica

subyacente no diagnosticada, o incluso una intoxicación por drogas.

Para Greimel todos estos escenarios resultaban, sin embargo, poco factibles teniendo en cuenta la corta edad de la criatura, si bien no era menos cierto que los casos de cáncer infantil se habían multiplicado en las últimas décadas, por lo que ningún factor podía ser descartado al cien por cien.

Y esta certidumbre no hizo más que inducirle un súbito sentimiento de aflicción.

Cumplidos los protocolos del levantamiento del cadáver y el redactado de los impresos, y en vista de que los progenitores del finado aún iban de camino al domicilio, el inspector no tuvo más remedio que aguardar a su llegada para entregar las malas noticias.

Salió al antejardín para fumarse un cigarrillo. Pensó en lo que sentirían esos padres al ver el cuerpo petrificado de su hijo, de ese niño que tan sólo unos minutos atrás habría estado jugando felizmente con sus compañeros de clase, en el patio de la escuela. Pensó en las palabras de rutina que tendría que decir a esos padres y, sobretodo, se preguntó si tendrá la suficiente fortaleza para no dejar que estos casos lo afectasen.

En ese instante el walkie talkie requirió de su atención. Llamaban de la central.

—Greimel, ¿Aún se encuentra en ese 10-7 en Löwenstrasse?

—Afirmativo—respondió con sorpresa,mientras escupía el pitillo sobre el césped—.Estoy a la espera de que los tutores regresen para…

—Necesitamos una verificación de urgencia de su escenario.

Ante la exhortación, Greimel calló y escuchó instrucciones. De repente salió disparado hacia las escaleras que conducían al piso superior, donde se encontraba la habitación del pequeño Lukas. Entró a trompicones, y una rápida mirada al diminuto televisor de 14 pulgadas bastó para que su corazón se congelara como un glaciar.

Un tal David Vanina, inspector en el cantón de Ginebra, había informado minutos atrás de un 10-7 en dicha ciudad. Igual que en Zurich, un niño de no más de 12 años de edad había sufrido una muerte por hemorragia cerebral mientras jugaba a videojuegos. En la pantalla de la televisión tan sólo aparecía un fondo negro con dos palabras impresas:

GAME OVER

Capítulo 2

Barcelona, Mayo de 1992

Pasaban ocho minutos de las cinco y media de la tarde de un viernes cualquiera, lo cual significaba que todo estaba ya preparado para una intensa tarde de juego en casa de los Freire. Un par de platos con bocatas de longaniza esperaban sobre la mesa y, al lado de cada uno, sendos vasos de vidrio oscuro, colmados de zumo de melocotón.

Ni siquiera diez minutos después de que la campana de la escuela retumbara su alegre y estridente melodía, los chavales entraban ya en estampida por la puerta de la habitación.

—¡Merendad tranquilos, que "El Nintendo" no se va a escapar por la ventana! —alcanzó a gritar la madre de Jony, al paso de ambos críos, esforzándose en no perder el equilibrio.

Lanzaron sus mochilas violentamente sobre la cómoda y se deshicieron de sus chaquetas moviendo el cuerpo en todas direcciones, contagiados por un repentino baile de San Vito. Los abrigos se convirtieron en almas escapando de sus cuerpos, cayendo en la desolación del catre vacío.

Como en una especie de ritual sagrado, Jony era el encargado de escudriñar entre los cartuchos de la estantería, en busca del ejemplar adecuado; Tomás, mientras, asumía la responsabilidad de conectar la consola a la toma de antena AV del televisor y verificar que tanto el transformador como los controles se encontraban correctamente enchufados.

—Lolo 2, ¿no? —indicó finalmente, dirigiéndose a Tomás sosteniendo un cartucho entre sus dedos.

—Por supuesto —replicó este, poniendo voz de persona interesante.

Jony entregó el juego al más pequeño de los dos, con la solemnidad del sacerdote que ofrece el sagrado pan a sus feligreses. Éste último lo recibió en un fingido éxtasis, con las manos abiertas y mostrando una ridícula reverencia.

Abrió la tapa de la Nintendo Entertainment System y, después de los dos o tres soplidos de rigor sobre la ranura del cartucho, procedió a introducirlo en el interior de la consola. Presionó la parte superior hasta que el plástico quedó inmóvil en el compartimento de juego y cerró cuidadosamente la trampilla. Bastaba pulsar con decisión el botón Power

para invocar a Lolo en la pantalla del pequeño televisor Sharp de 14 pulgadas.

El logotipo de Hal Laboratories apareció en mitad de la pantalla sobre un fondo de color azul intenso, seguido por los datos referentes al licenciamiento del juego por la delegación de Nintendo en América (muchos años más tarde Tomás descubriría que Hal Laboratories era la misma empresa que desarrollaría el famosísimo Kirby's Dream Land y sus exitosas continuaciones).

Acto seguido comenzaba a proyectarse la cortísima pero profundamente impactante escena de introducción, en la que un personaje similar a una bolita de M&Ms era capturado por una siniestra mano gigante en una noche de tormenta. La escena terminaba en un fundido, dejando a los jugadores en la pantalla de Press Start y con toda la adrenalina burbujeando en las arterias.

Fue, de hecho, por esta simple animación inicial que Tomás y Jony decidieron gastar sus ínfimos ahorros en este videojuego, dejando de lado otras posibles adquisiciones de mayor renombre, como Joe & Mac: Caveman Ninja o la adaptación para NES de la película Darkman.

La disfrutaron por vez primera casi dos meses atrás, una tarde regresando de las clases de repaso a las cuales ambos habían sido obligados a realizar: en el caso de Jony, por su ostensible bajo rendimiento en sus calificaciones del anterior trimestre. Respecto a Tomás… bueno, su madre había decidido que no estarían de más un par de lecciones adicionales, además de resultar en una excelente excusa para compartir los últimos chismorreos de la semana con el resto de madres de alumnos.

El hecho es que esa misma tarde, de camino a casa y en la confluencia de las calles Zamenhoff y Guipúzcoa, el escaparate del almacén de productos electrónicos Gunter se había transmutado en algo maravilloso. La colección de planchas de vapor de última generación y la nueva gama de tostadoras Taurus habían sido sustituidas por varias estanterías con multitud de videojuegos y sistemas de entretenimiento electrónico. En las tablas inferiores, una estupendo acopio de maquinitas Game & Watch de Nintendo refulgía ante los golosos ojos de los críos. Existían de todos los colores y temáticas y cada cual poseía un encanto único, una personalidad propia y una extraña y atrayente belleza.

En el estante central, casi a la altura de los ojos de los dos chavales, una hilera de cartuchos de Master System entre los que podía reconocerse alguno de los más deseados de entonces, como Sonic o Wonder Boy, seguida de varias cajas de juegos de Gameboy algo mediocres y,

finalmente, la sección dedicada a los juegos para NES.

La traca final se encontraba en la tabla superior: un enorme televisor Sony proyectaba la intro de Lolo 2 en todo su pixelado esplendor. Y los dos amigos no podían más que babear y quedarse absortos ante la dramática escena, deseando poder hacer algo por la pobre bolita fucsia cuyo destino se presentaba de color de hormiga. Lamentablemente la austeridad de sus pagas semanales no les permitiría hacerse con su objeto de deseo hasta un mes y medio más tarde, una vez reunido el bote tras varias semanas de terrible abstinencia de helados, palotes y fresquitos.

El día en que finalmente reunieron el dinero necesario (la nada despreciable suma de 6990 pesetas) cayó en sábado. Tomás pasó a buscar a Jony a eso de las 9:30, y éste no demoró más de 30 segundos en estar a pie de calle. Se plantaron en la puerta de la tienda a las 9:45 y debieron esperar, obviamente, a que el dueño abriera el local. La calle Guipúzcoa amanecía semi desértica, únicamente poblada por algunos madrugadores viandantes camino a las panaderías o a los quioscos de prensa. En mitad del paseo, un reducido grupo de jóvenes adolescentes agotaba sus últimas fuerzas después de una noche de diversión, proyectando risas y desvaríos etílicos hacia la fresca brisa matutina.

El propietario del almacén de electrónica arribó alrededor de las 10:10, con un retraso de diez minutos que los muchachos tacharían de intolerable. Cuando el hombre vio a las dos figuras frente a la persiana de acero de su negocio, esperando como dos chuchos babeando a las puertas de un asadero de pollos, pareció dibujar una burlesca mueca en su boca.

—Apuesto a que para entrar al cole no madrugáis tanto, ¿verdad? —graznó sin demasiado ingenio. Era un hombre de mediana edad, de baja estatura y cierto desaliño en su vestimenta, como el que se viste a toda prisa para huir de su apartamento en llamas. Tomás tuvo que morderse la lengua para no replicar con uno de sus proverbiales sarcasmos y finalmente optó por la mímica: se tomó la muñeca izquierda con la otra mano y bajó su mirada hacia el reloj hasta 3 veces, de forma notoriamente teatral. Notó como el rostro del dueño se enrojecía de furia; finalmente, irritado, se dio la vuelta para levantar la persiana del local.

Una vez colocado detrás del mostrador preguntó con sus cejas qué narices querían, a lo que Jony respondió un inmediato “Queremos el Lolo 2”. El hombrecillo se los quedó mirando como si hablaran en una lengua muy antigua o muy lejana, o ambas cosas al mismo tiempo. O de otro planeta. Poniendo al límite sus neuronas sospechó que lo que querían era uno de los juegos exhibidos en el escaparate, así que partió sin mediar palabra hacia allá.

Toqueteó torpemente todos y cada uno de los cartuchos allí expuestos, buscando con ojos de topo el producto elegido. Levantó y volvió a dejar caer uno por uno todos los cartuchos de Master System, llegando a la conclusión de que el juego que los críos pedían no podía estar allí.

—Pues de eso no nos queda nada, ¿eh? —gritó hacia el mostrador mientras golpeaba, con el dorso de la mano y sin darse cuenta, la fila de cartuchos de NES, haciéndolos caer como fichas de dominó hasta el estante inferior sobre un montón de maquinitas de cristal líquido. Ante tan lamentable espectáculo Jony, quien repiqueteaba sus dedos sobre el vidrio del mostrador a tres metros del escaparate, no pudo contenerse:

—¡El del monigote azul, por Dios! —resopló, casi frenético. Tomás ahogó una carcajada que casi le hizo explotar el tórax.

Por suerte la pista resultó definitiva y diez segundos después el menudo dependiente reaparecía con la cajita en la mano. Por su rostro parecía extenuado, con la cara en llamas, como la de un corredor de fondo después de finalizar una media maratón.

Los muchachos desembolsaron las casi 7000 pesetas: Jony puso sobre la mesa una bolsita llena de monedas de 100 y Tomás tres o cuatro billetes, extremadamente arrugados, del fondo de su bolsillo. Recontaron allí mismo su capital, moneda por moneda, ante el pasmo del tendero. Ambas partes verificaron que todo estaba correcto y procedieron con el intercambio.

Suele suceder que cuando uno se enamora de algo (o de alguien) que está fuera de su alcance, tiende a idealizarlo, a fantasear y a imaginar cómo será, a otorgarle propiedades imaginarias y cuasi mágicas, que posteriormente se revelan como totalmente equivocadas. En ese sentido, esa imposibilidad del disfrute físico del juego había provocado en ambos la necesidad de imaginarlo a su gusto. Lo cierto es que ninguno de ellos tenían ni pajolera idea de qué iba ese tal Lolo 2, tan sólo que su intro era tan buena que valía, por si sola, la compra del cartucho.

Así, Tomás lo había imaginado como un juego de plataformas estilo Super Mario Bros, con un scroll lateral clásico y cantidad de saltos, trampas y enemigos que aplastar. Jony, por su parte, estaba seguro de que se trataba de un juego de laberintos a imagen del archiconocido Pacman, o similar a Pengo, ese pequeño clásico Arcade de SEGA al que habían jugado alguna vez en los salones recreativos del centro.

Por todo esto, los primeros minutos de contacto con el videojuego supusieron una notable decepción para los dos. Aquello era una especie de juego de lógica en el que el personaje debía mover unas cajas hacia posiciones estratégicas, con el fin de poder abrir los cofres que permitían el acceso a la siguiente fase. Mover una de esas cajas hacia una posición

incorrecta suponía quedar bloqueado y tener que “suicidarse” para comenzar la fase de nuevo desde el comienzo. Las pantallas eran estáticas, cerradas, sin scroll alguno, y los enemigos apenas se movían por ellas, tan sólo parecían aguardar a que el jugador cometiese un error para activarse y hacer morir al personaje protagonista. Nada había allí, por tanto, de la acción desenfrenada, la épica o las aventuras trepidantes que ambos habían supuesto en aquellos días de paseos frente a la vitrina de exposición.

Pero pasado el mal trago inicial, encontraron que el juego albergaba un componente de reto y desafío que bien valía la pena darle una oportunidad. En la primera tarde de juego no avanzaron más que hasta la tercera fase, en la cual eran devorados continuamente por un monstruo metálico antes de que pudieran alcanzar a abrir el último de los cofres que les abriría las puertas de la siguiente pantalla. Sospechaban que la posición de las cajas cercanas a dicho baúl debía ser alterada de una forma distinta a la que se suponía evidente.

Tras numerosos intentos decidieron dar por concluida esa sesión de juego y dejar sus cerebros en barbecho.

Sin darse por vencidos, pasaron toda la semana siguiente planificando en los recreos estrategias para colocar esas malditas cajas en el orden correcto para poder pasar la pantalla. Tomás, quien era un dibujante competente, diseñó un plano en su bloc A4 cuadriculado con la disposición de todos los elementos del juego: personaje, corazones, cajas, cofres y, obviamente, el terrible villano que aguardaba su liberación para devorar al pequeño héroe azulado. Sacó un par de fotocopias del croquis en la sala de administración del colegio, aprovechando una ausencia momentánea de la encargada de oficina y le entregó una copia a su amigo. Por su diferencia de edad iban a clases diferentes, pero intentaban encontrarse en los pequeños paréntesis entre sesiones de estudio para discutir sus conclusiones sobre aquello.

Pero al fin, ese mismo viernes en el que devorarían sus sándwiches de fuet en casa de Jony, Tomás tuvo la revelación.

—¡Lo tengo, joder!

La frase resonó en mitad de la diatriba que la profesora Julia Piedrafita estaba desarrollando, en su clase de lenguaje y literatura, justo después de haberse dirigido a sus alumnos con un educado “¿Lo habéis entendido?”. El aula entera reventó en carcajadas mientras Tomás luchaba por hacerse cada vez más diminuto hasta desaparecer por completo. Pero su magia no funcionó y la profesora lo echó de la clase entre maldiciones y condenas.

Cuando llegó la hora de salida, nada más sonar el timbre, corrió en busca de Jony al piso 3 (donde estudiaban los mayores) para darle la buena nueva y arrancar a toda prisa hacia su casa para ejecutar su plan maestro. Ya en la casa pudo detallarle los pasos a seguir.

—Mira tío, la clave es entender que las cajas centrales, al subir las de los laterales, quedan liberadas para ser movidas horizontalmente. Con eso se abre el camino y llegamos hasta el cofre —explicó Tomás de forma didáctica.

—Umm… —murmuró Jony, con cierto recelo—. Muy fácil lo pintas. Además, ¿tendremos tiempo a mover esas cajas con el bicho ese comiéndonos el culo?

—Probémoslo cuanto antes y saldremos de dudas.

Pero antes de que pudieran introducir el password que daba acceso directo a la tercera fase, una llamada telefónica alteró completamente los planes dispuestos para aquella tarde.

—¡Jonathan, Nicolás al teléfono! —vociferó su madre. Los chavales cruzaron las miradas y soltaron un suspiro de fastidio. Jony se levantó con desgana arrastrando sus pies como si pesaran 10 toneladas. Carraspeó un par de veces mientras se colocaba el teléfono a la altura de la oreja.

—Colega, más te vale que sea algo importante. Tenemos la vida de Lolo en nuestras manos.

—Hey, no vais a creer lo que he encontrado esta mañana —disparó la voz más allá del auricular. Jony quedó un par de segundos en silencio, mirando al techo.

—Si es algo así como la paloma aplastada que encontraste detrás del colegio la semana pasada, puedes ahorrártelo. Hemos visto cosas peores.

—No es nada de eso. Solo puedo decirte que debemos darnos prisa. Algo como esto no se presenta todos los días. Nos vemos frente al mercado, a las seis—. Acto seguido, Nicolás colgó el teléfono.

—Nico…¡Nico! ¡Cabrón, cómo odio que haga eso! —exclamó Jony mientras aplastaba el auricular contra el soporte del teléfono con gran estruendo.

No era novedad que Nico se presentara con noticias y planes repentinos que requerían de atención urgente. Después de todo, era un crío con cierta fama de hacerse el interesante; a su favor había que admitir que, la mayoría de las veces, sus descubrimientos y adquisiciones solían ser del todo sugestivas. Nadie sabía de donde sacaba esos artilugios que traía a

la escuela, esos que no tenían pinta de ser nada baratos, como la calculadora científica con memoria que llevó dos meses atrás, o ese reloj con pantalla LCD con videojuego integrado. “Me lo encontré en la basura”, solía justificar, con una sonrisa algo granuja. La mayoría de los niños del colegio daba por hecho que sus padres era ricos, que vivían en un ático duplex en el centro de la ciudad, o algo así. Sus amigos, en cambio, sospechaban que tenía las manos más largas que una meada cuesta abajo. Pero nunca le cuestionaban acerca de todo esto.

Tras un par de minutos de tensa deliberación, Tomás y Jony decidieron acudir a la cita del mercado. Se bebieron los zumos de un solo trago y llevaron consigo los dos bocatas de cecina. El pobre Lolo debería esperar su incierto destino hasta la siguiente sesión.

—¡Vamos saliendo! —gritó Jony ya bajo el umbral de la puerta, camino del ascensor. Su madre tan sólo contempló, con los brazos en jarra y sin mediar palabra, a los dos amigos marchando a toda prisa del apartamento.

Nadie hubiese imaginado que ese viernes de mayo, tan normal y aparentemente ordinario, iba a convertirse en el origen de una historia que dejaría profundas huellas, estigmas y cicatrices en la vida de unos jóvenes amigos.

Y también, por qué no decirlo, en las de millones de individuos de un universo paralelo.

Capítulo 3

Con el sol poniéndose a toda velocidad sobre la línea de edificios de la ciudad, la calle de Bach de Roda parecía luchar por mantener los últimos rayos de luz de la jornada. Las vías aledañas hacía ya varios minutos que habían perdido la batalla.

Como dos centellas sobre el gris de la vereda transitaban las bicicletas de Tomás y Jony, sorteando peatones y haciendo sonar sus bocinas metálicas. Lo estrecho de la acera y el considerable tránsito de gente, la mayoría volviendo de sus trabajos, convertía la travesía en una verdadera aventura.

—¡Lentorro! —se burló Jony, mirando hacia atrás mientras bombeaba los pedales de su Orbea Furia de color rojo, con un ímpetu avasallador.

Jony era dos años mayor que su amigo y eso, lógicamente, le otorgaba una ventaja física importante. Además, tenía la suerte de ser uno de esos niños que no agarraba un resfriado ni cayéndose en una laguna helada en pleno invierno. Su organismo parecía a prueba de balas y tenía unas grandes aptitudes atléticas, incluso en las pruebas físicas de la escuela le habían dicho que estaba varios centímetros por encima de lo habitual para su edad.

Un par de metros por detrás Tomás peleaba, no ya por alcanzar a su compañero sino por, al menos, mantener las distancias. Su Motoretta 2 de color amarillo melocotón, regalo de la navidad anterior, se sacudía de lado a lado de forma descompasada, sin encontrar nunca el ritmo adecuado para alcanzar a su rival. Las mejillas del chiquillo estaban ya notoriamente encendidas y respiraba de forma atropellada al compás de las pedaladas. Y aunque era consciente de su handicap frente al vigor y fortaleza de su amigo, tenía el suficiente orgullo y amor propio como para no querer salir humillado de la derrota. Además, ya pensaría en la forma de resarcirse, probablemente en una partida de damas o en cualquier otra actividad que no precisara de gemelos de acero o aductores de titanio.

Recortaron por las calles perpendiculares hasta alcanzar las viejas callejuelas del barrio del Clot, donde comenzaban las vías peatonales. Varias casitas bajas asomaban a banda y banda, dando la bienvenida a los peatones que transitaban frente a sus fachadas.

Al fondo, el parque surgía en el horizonte, con su falso acueducto como un maestro de ceremonias que aguardaba a la llegada de sus invitados. Esta estructura, similar a las que construían los romanos para hacer llegar el agua a distintos puntos de las ciudades, no era más que la vieja fachada de la antigua estación de ferrocarril, restaurada y dejada en la parte exterior del parque. La vieja línea de tren del Clot había conectado la

ciudad de Barcelona con Zaragoza décadas atrás, e incluso había existido comunicación entre Barcelona y Francia a través de esas mismas vías que atravesaban el barrio allá por el siglo XIX. Sin embargo, casi nadie en el barrio recordaba ya esta historia y daba por hecho que el "monumento" había sido construido en los tiempos en los que Barcelona era Barcino y las sandalias de esparto eran la última moda.

Poco quedaba entonces del legado industrial del barrio, cuyas fábricas (mayormente textiles y harineras) fueron desapareciendo del territorio o simplemente se transformaron en centros cívicos para actividades culturales. Hacia el final del siglo XX el barrio se había convertido en un tranquilo —aburrido— distrito residencial de clase media. El Clot de los 90 era, pues, como aquella estrella de cine que despega en su lozanía con la fuerza de un tifón, sobrevive trabajando en televisión en sus años de decadencia y malvive en el olvido cuando, en su senectud, nadie la recuerda.

La carrera ciclista siempre terminaba al llegar al acueducto. A partir de aquí, el pedaleo se relajaba y comenzaba un paseo mucho más tranquilo hasta el lugar de destino. En este caso, el mercado estaba ya a pocos metros de allí, por lo que bajaron de sus vehículos y continuaron a pie.

—Me gustará verte el día en que te comas a una vieja por ir como un loco por las aceras —soltó Tomás, con retintín. No pudo ocultar un visible resquemor.

—Eso no pasará nunca. Soy inmortal, lo sabes.

—Claro, tan inmortal que fuiste asesinado por un "todopoderoso" gretchin de nivel 1 en la partida del otro día. Dicen los del Premio Guiness que te quieren conocer —respondió Tomás, rápido de reflejos, haciendo referencia a la partida de Cruzada Estelar que habían jugado la semana anterior. Jony tan sólo agitó la mano despreciativamente, pero se notó que el comentario no le hizo ni puñetera gracia.

Al doblar la esquina se encontraron de lleno con la Plaza del Mercado. Frente a la puerta del edificio que daba nombre a la plazuela aguardaba un chico de tez morena y notorios anteojos de pasta oscura. Tenía uno de sus pies apoyado sobre el zócalo de cemento de la fachada, y frotaba sus manos con tremenda impaciencia. A lo lejos, su figura se asemejaba a la de aquellos trolls que habitaban bajo los puentes en las historias de fantasía, a la espera de algunos incautos candidatos a convertirse en su cena, con la diferencia de que con su enclenque figura no impresionaba ni a una termita.

—¡Ya era hora, pringaos! Tengo los pies planos de tanto esperar —profirió

entre aspavientos.

—Te jodes, *nen*, así aprenderás a que las citas se conciertan con antelación —contestó Tomás—. ¿Tu mamaíta no te enseña modales en casa?

—No, pero la tuya me enseña otras cosas cada noche—remachó Nicolás, logrando un combo definitivo. Jony estalló en carcajadas. Tomás no lo tomó en cuenta, a sabiendas de la legendaria locuacidad e ingenio de su oponente y sus nulas posibilidades de remontada.

—Muy bien pequeños saltamontes, hora de enseñaros la tierra prometida.

Capítulo 4

Los tres compañeros caminaron en dirección al sur de la Plaza de las Glorias, donde el barrio del Poblenou comenzaba a hacerse presente. En esta altura del distrito, el paisaje se conformaba mayormente por grandes naves industriales abandonadas y edificios de no más de 4 pisos de altura, la mayoría de ellos en ruinoso estado de conservación. Lamentablemente, la onda expansiva de las inminentes olimpiadas no había abarcado la totalidad de la ciudad y no eran pocos los bloques de pisos que clamaban por reformas urgentes, a diferencia de las zonas más cercanas a la playa, profundamente modernizadas en vista a la llegada de turistas, deportistas de élite y medios de comunicación.

Tras diez minutos de caminata, y un instante antes de que la impaciencia comenzase a hacer mella en los dos pequeños ciclistas, Nicolás se detuvo en seco.

—Es aquí.

La fachada del inmueble dibujaba lo que parecía un vetusto edificio industrial de principios de siglo. La planta baja, poblada de rejas de acero y ventanas de vidrio (quebradas en su mayoría) sostenía una estructura de hormigón de 3 pisos de altura, con vestigios de haber sido repintada por última vez al menos 30 años atrás. Los pisos superiores contaban con tragaluces cuadrados, probablemente parte de los apartamentos destinados a los trabajadores de la fábrica durante las décadas pasadas. La resquebrajada pintura color caqui, junto con la inminente penumbra de las últimas horas del día, constituía una estampa sustancialmente inquietante. Delante de los 3 jóvenes una ajada puerta de madera, infestada de carcoma, indicaba la entrada a la finca.

—Joder, gafotas, no me digas que nos has traído a ver un cadáver, porque si es así te van a llover hostias hasta el día de San Juan —soltó Jony, de repente.

—¡Un fiambre! Eso hubiera molado, mi joven chimpancé, pero lo que vais a ver es mil veces mejor. Adelante, haced los honores—. Nicolás empujó la perjudicada puerta, que emitió un quejido como el de una bestia herida—. Ojo con el escalón, bajad con cuidado.

Los peldaños de mármol pulido sin duda habían pasado por épocas más dichosas, pero aún permanecían en un sorprendente buen estado. Las paredes a ambos lados, aun semi-ocultas por la oscuridad del pasillo, permitían imaginar horrendas cicatrices en su piel de yeso, otrora blanco lácteo.

Los chavales fueron bajando junto a sus bicicletas, sosteniéndolas a pulso y aguantando el equilibrio, como diminutos funambulistas descendiendo a las profundidades del averno.

La escalera terminaba en una extraña puerta de metal, parecido al aluminio. Los goznes parecían en buen estado y, en general, chocaba sobremanera su saludable apariencia en contraste con el cavernoso entorno. Pero lo más extraño era la ausencia de cerradura alguna en su superficie.

—Dejad paso al maestro —dijo Nicolás con su arrogancia habitual. Cruzó a través de Jony y Tomás con la facilidad que un espectro atraviesa una pared de ladrillo y posó una mano entre las dos bisagras inferiores. Tras varios movimientos de su mano se oyó un clic metálico.

La puerta se despegó de su brillante marco plateado y quedó abierta un centímetro, lo justo para poder pasar los dedos de una mano. Jony lanzó una mirada seria a Nicolás, quien asintió con una sonrisa de satisfacción. El rubio fortachón alargó su mano y abrió la puerta en toda su extensión.

Los tres jóvenes atravesaron el umbral hacia la oscura estancia y se detuvieron a pocos pasos. La oscuridad teñía de negro por completo la habitación y corrían el riesgo de empotrarse contra cualquier cosa que estuviese por delante.

Tomás, quien no toleraba demasiado bien los ambientes oscuros desde el día en que varios compañeros del equipo de natación lo encerraron en el armario de las corcheras, no pudo ocultar su nerviosismo y manoseó con cierto desespero las paredes de la pieza en busca de un interruptor eléctrico que deshiciera las tinieblas.

—Eh, Tomy, deja de tocarme el culo, pedazo de marica —indicó Jony con socarronería. Sin embargo, él tampoco se encontraba cómodo allí abajo, y sin duda hubiese deseado estar de vuelta en la habitación de su casa pasando pantallas y comiendo bocatas de embutido curado en lugar de estar perdiendo el tiempo paseando por edificios en ruinas.

De repente, otra vez un clic restalló en el ambiente.

Entonces la luz comenzó a moldear el mobiliario de una sala que Tomás y Jony no tardarían en reconocer. Sus ojos chinescos, dañados por la repentina refulgencia, mutaron en platos de porcelana blanca ante la formidable estampa que tenían entre ellos. La Motoretta amarilla retumbó contra el suelo al escaparse de las paralizadas manos de su dueño.

Nicolás, recostado contra la pared con su pierna cruzada, formando un 4,

sonreía con evidente satisfacción.

—Ya os dije que ibais a flipar con esto.

Capítulo 5

Ante los ojos de los chavales se desplegaba un enorme y polvoriento salón. Una hermosa mesa rectangular de madera maziza, similar a la que tendría una carpintería, presidía el centro de la estancia. Al fondo había otros dos tableros, cubiertos completamente por hules de plástico color gris, como los que se usaban para cubrir los coches aparcados en la calle. Los tiradores de lo que parecía ser un enorme futbolín de bar alcanzaban a asomarse bajo la impermeable tela de la mesa más cercana a la entrada.

A cada lado, pegadas a las paredes, sendas hilera de máquinas recreativas de los clásicos videojuegos de Namco, Nintendo o Capcom adornaban el recinto con sus coloridos gabinetes. Desde la puerta de entrada a la sala podía distinguirse un Hogan's Alley con su pistola original, un Ms. Pacman en perfecto estado de conservación, así como un arcade de Donkey Kong.

—Me cago en la leche, gafotas —alcanzó a exclamar Tomás sin salir de su visión del paraíso—.¿Cómo cojones has encontrado este sitio? Y no me digas que te lo encontraste en la basura…

Jony tampoco lograba salir de su asombro, pero reaccionó con el instinto depredador de un guepardo ante su presa y, tras un par de gritos de sonoro alborozo, se lanzó hacia el lateral derecho de la habitación para inspeccionar cada una de las máquinas.

—Parecen originales…¡Y están nuevas! Es como si las hubieran acabado de desembalar.

—Hay por lo menos 8 o 10 *recres* en esta habitación —observó Tomás—. Sin duda alguien está montando aquí su salón recreativo.

—El Pacman…¡mirad, joder, y también un Galaga! —exclamó Jony mientras paseaba frente a los muebles, todos decorados con vistosas pegatinas que incluían los personajes protagonistas de cada juego.

—Hay un par más de ellas allí al fondo, metidas en cajas de madera. No he podido sacarlas, pesan como el cadáver de un mamut, pero tienen pinta de ser arcades de la misma época —indicó Nicolás, desde la puerta.

Tomás dio media vuelta hasta la entrada y encaró a su miope compañero con semblante inquieto.

—Si los arcades están nuevos significa que alguien los dejó aquí hace nada, quizás esta misma semana. No deberíamos estar husmeando por aquí, en una propiedad privada; imagínate que al dueño se le ocurre venir

en este mismo instante.

—Oh, ¿el pequeño Tomy se ha hecho caquita en los gallumbos? —se burló Nicolás—. Si viene alguien le diremos que solo somos niños. ¿Qué podrían hacernos, darnos cincuenta latigazos, o algo así?

—Ya, bueno, te sorprendería saber lo afilada que está la zapatilla de mi madre cuando le doy alguna razón para sacarla de paseo.

—Además —agregó Nicolás, al tiempo que posaba sus manos sobre los hombros de Tomás— *tranqui*, estas máquinas llevan aquí acumulando polvo desde hace varios años. Vuestros culos están a salvo.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —preguntó Jony desde el fondo del cuarto, mientas analizaba el cajón-monedero de uno de los gabinetes—. Todo esto está sin estrenar, ¿quién demonios va a tener toda esta fortuna enterrada en un sótano?

—¿Veis esas cajas, tiradas en esa esquina? —señaló Nicolás, ya un poco harto de tanta duda, enfocando hacia la pared del fondo con su dedo índice—. Ahí están las respuestas que buscáis, incrédulos de los cojones.

Tomás y Jony se acercaron hasta allí y divisaron un pequeño cerro de cajas de cartón a medio abrir. La caja superior, de tamaño similar a una de zapatos, contenía suficientes documentos como para cubrir completamente las paredes de la habitación. Tomás extrajo las 5 o 10 hojas superiores.

—"Entretenimientos De l'Arpa"—recitó Jony—. Parece información sobre precios de las cabinas, medidas, peso, etc.

—Creo que son facturas de compra—completó Tomás—. Mi padre suele entregar documentos parecidos a sus clientes cuando hacen un negocio.

—Bingo —cantó Nicolás.

El pequeño de las gafas se acercó a sus compañeros hasta formar un pequeño corrillo frente a las urnas de cartón. Señaló uno de los papeles con su escuálido dedo.

—Fijaos en la fecha de entrega.

—Mil novecientos noventa y uno —pronunciaron Jony y Tomás al unísono. El más joven retomó la palabra de inmediato.

—¿Nos estás diciendo que alguien compró todo esto hace más de un año y que ni se ha molestado en abrirlo, usarlo, o qué se yo…¡venderlo! Sé lo

que pone en esos papeles, pero es que joder…es muy difícil de creer.

—No sé, a lo mejor el tío la espichó. O quizás sea un fugitivo que tuvo que huir del país y dejó sus posesiones escampadas por la ciudad —imaginó Jony, con espíritu creativo.

—O simplemente puede que el tío no pudiera pagarlo y lo dejó todo guardado en este sótano… —dijo Tomás.

—…esperando a que 3 chavales del barrio encontraran el tesoro algún día— finalizó Nicolás, relamiéndose una sonrisa juguetona.

Las primeras farolas comenzaban a alumbrar las calles de Barcelona ante la inminente oscuridad de la noche. Destellos de su luz se filtraban a través de las ventanas de la habitación, situadas en la parte superior de la pared, a una altura que permitía ver, de vez en cuando, los pies de los pocos transeúntes que a esas horas paseaban por las aceras del sector.

Las dos bombillas incandescentes del salón generaban una sensación de gran calidez a la estancia. Las paredes quedaban ligeramente iluminadas, mientras que la mesa central y los dos rectángulos de las tablas de juego permanecían protegidas por los dos soles eléctricos. El suelo de parquet trenzado absorbía sobremanera cualquier reflejo de las lámparas, más por su trasnochado aspecto que por el material del cual estaba recubierto el suelo. Aun así, le otorgaba al lugar un cierto aspecto de familiaridad y recogimiento verdaderamente agradable

Tomás dio un vistazo a su reloj de pulsera, uno de esos con agenda y calculadora digital marca Casio que su tío le compró en las galerías del puerto, por su cumpleaños.

—Deberíamos ir pirándonos—indicó Tomás—. Tengo que llegar a casa para cenar antes de que llegue mi padre, o tendremos lío al canto.

—Hay que quedar aquí otra vez, no vamos a dejar a estas pequeñas aquí sin nadie que las cuide, ¿no? —anunció Jony. Todos asintieron, sin palabras. Todos sonrieron. Chocaron sus manos y sus pechos alegremente, como las estrellas de la NBA, y se encaminaron hacia la salida. Tomás y Jony recogieron sus bicicletas, abandonadas como perros viejos, del suelo del salón. Nicolás se encargó de apagar las luces y la puerta del sótano de las maravillas.

Clic. Clic.

Capítulo 6

Se comprometieron a volver al sótano del Poblenou el lunes siguiente, pues cada uno tenía sus planes ya definidos para el fin de semana

Jony iría, como cada sábado y domingo, a la casa que sus padres habían comprado en la costa en la comarca del Maresme. Era un pequeño apartamento de no más de 35 metros cuadrados, no muy cerca de la primera línea de playa y sin instalación de antena de televisión. En él apenas cabían ellos, junto con su hermana pequeña y su perro Charlie. Sus padres, sin embargo, trataban de auto-convencerse de que el piso había resultado una ganga, que estaba a un paso de Barcelona en coche, y que los dueños de los apartamentos más caros —y espaciosos— de la acera de enfrente ya se estaban arrepintiendo de haberlos comprado porque les daba demasiado el sol por la mañana, entre otras imaginativas deficiencias.

Nicolás siempre tenía alguna cita, o al menos eso aseguraba él. Nadie estaba muy seguro de a dónde y con quién salía los fines de semana, pero estaba más que claro que sus findes eran de todo menos aburridos. Tomás y Jony lo habían discutido a menudo, llegando a la conclusión de que nunca contaba las cosas al ciento por ciento para evitar la ostentación. De Nico podía decirse que era un chaval tan punzante como sarcástico; lo que nunca se le podía echar en cara era hacer uso de su condición socioeconómica para diferenciarse de sus compañeros, factor en el cual la decisión de sus tutores de inscribirlo en un colegio público de un barrio obrero como el de La Verneda había tenido enorme influencia.

Tomás aceptó la cita del día lunes, aun estando en conocimiento de sus obligaciones. Jony se lo había hecho saber durante el trayecto de regreso a sus casas ese mismo viernes.

—¿Qué vas a hacer con los entrenamientos? Tus padres te matarán como se enteren de que te saltas sesiones.

—Sinceramente…—suspiró—. A estas alturas me la sopla bastante.

Los fines de semana en la vida de Tomás eran clónicos desde hacía más de 4 años. El sábado y el domingo eran jornadas de competición para los nadadores del Club Deportivo Julio Verne, durante las cuales todos los inscritos en la federación eran llamados a participar en las pruebas de cada especialidad. Estas competiciones solían realizarse tanto en la piscina del club como en recintos de otros clubes de la ciudad de Barcelona y alrededores, y eso propiciaba que cada fin de semana les tocaba visitar un

destino diferente, una piscina distinta.

Estos eventos tan sólo eran el objetivo, la guinda de la torta con la que se premiaba a los deportistas tras las duras sesiones de entrenamientos diarios a los cuales eran sometidos.

Suele pensarse en los deportistas como personas mayormente sanas, de gran fortaleza mental y generoso espíritu competitivo. Si tomáramos esta definición al pie de la letra, podríamos asegurar que Tomás era un estupendo cefalópodo.

Y no era una mera cuestión de aptitud física, pues el crío era considerablemente ágil y podía presumir de tener unos buenos reflejos. Incluso él mismo pensaba, en ocasiones, que era probable que hubiese podido ser un competente portero de fútbol. Sin embargo, a la edad de 7 años sus padres se empeñaron en que debía cursar clases de natación, lo que le permitirían enderezar su postura, adquirir competencias psicofísicas positivas en su desarrollo y demás basura de manual de autoayuda. De alguna manera, sus progenitores interiorizaron y se grabaron a fuego el lema de que todos los los niños debían practicar un deporte desde temprana edad y durante todo su proceso de crecimiento. Esto no era necesariamente negativo; el problema fue que lo convirtieron en un dogma de intransigente e innegociable aplicación.

Siendo claros, Tomás odiaba la natación. Aborrecía todo cuanto se desarrollaba en el recinto deportivo Julio Verne y a todos los que en él practicaban deporte.

Y cada día, de lunes a jueves desde las seis y media de la tarde, su calvario comenzaba al salir por el umbral de su casa, en dirección al polideportivo. Un paseo de casi veinte minutos lo conducía hasta las instalaciones deportivas donde se ubicaba la piscina municipal, dentro del complejo polideportivo; tiempo suficiente para rezar a Dios, Alá y Buda para que el entrenador estuviese de buen humor y no lo atormentara con una sesión de alta intensidad.

A mitad de camino solían aparecer las arcadas, y los primeros vapores de calor húmedo y el hedor a cloro al entrar en el recinto acostumbraban a ser la receta más efectiva para revolver por completo sus tripas. No en vano, arrojar en los váteres del club nada más llegar se había convertido en una costumbre, en una especie de ritual involuntario antes de comenzar el entrenamiento.

Nunca sabría explicar por qué el hecho de encontrarse frente a los siete carriles separados por corcheras le producía tal sensación de empequeñecimiento, ese sentimiento de encontrarse indefenso frente al invencible monstruo de la última pantalla al que, tan sólo con mirarlo a los ojos, entendía que cualquier acto de rebeldía en su contra iba a ser

estéril.

Al lanzarse al agua desde lo alto el pódium y comenzar a bracear y patalear con la furia que su entrenador le requería, no podía dejar de preguntarse por qué tenía que pasar por aquello, por aquel mortero que lo aplastaba cada tarde y molía sus músculos hasta convertirlos en puré, cuando sus amigos disfrutaban de la tarde tomando su merienda, haciendo sus tareas y viendo Ironman 28 por televisión.

Se sentía, para mal, un elegido. Un desventurado cuyo destino le había deparado cargar con el peso de una responsabilidad para la cual no estaba capacitado. Era el aventurero Link llegando cada tarde a las costas de Hyrule, viendo como todo un poblado cargaba sobre sus espaldas, día tras día, generación tras generación, el deber de salvar al mundo.

Y así, metro a metro, brazada a brazada, Tomás luchaba contra sí mismo en ese infernal océano de cloro y baldosines azulados, viéndose adelantado por niños y niñas con mayores aptitudes natatorias, a pesar de sus titánicos esfuerzos por ir a toda velocidad. Pero nadie en el recinto parecía darse cuenta de su sufrimiento.

Las lágrimas de un niño sobre una piscina podía pasar desapercibidas. Pero, al final del día, el agua siempre era un poco más salada.

En diversas ocasiones Tomás trató de hacer entender a sus padres que no quería seguir con los entrenamientos, que prefería quedarse en casa estudiando antes que seguir yendo a diario a un lugar que lo ponía enfermo. Sus padres nunca atendían a razones sobre este tema, para ellos era un caso cerrado cuyo veredicto había sido firmado hacía tiempo. Y Tomy, cuyo concepto de sus ascendientes era prácticamente beatífico —los consideraba unos padres cariñosos, preocupados y, a diferencia de los de sus amigos, ellos no se habían separado ni parecían tener problemas conyugales serios—, no disponía de armas para poder defenderse, para poder hacer frente a ese titán que lo martirizaba a diario, como en un bucle, quizás hasta el fin de su existencia.

—Nos veremos aquí el lunes—dijo Tomás con una determinación conmovedora, a sabiendas de que esa decisión podría acarrearle graves consecuencias—. Acordaos de traer monedas de cinco duros, que si no aquí no juega ni el tato—. Sus amigos asintieron.

Nicolás se despidió de ellos y partió en dirección a la calle Marina, mientras las bicicletas de Tomás y Jony serpenteaban ya en la noche de Barcelona, como dos cometas diminutos surcando la inmensidad del universo.

Capítulo 7

El mundo giró mucho más lento ese fin de semana, pero finalmente llegó el lunes.

Y, como era de esperar, los tres chavales lo pasaron en grande en su nuevo cuartel general secreto, repleto de atracciones, de enemigos que liquidar de princesas que rescatar.

En un principio reunieron todas las monedas de 25 pesetas que pudieron encontrar en sus casas y las mezclaron en una bolsa de plástico del Pryca, como reserva para obtener vidas y continuaciones en las recreativas. En seguida notaron que el contenedor era poco práctico porque las monedas quedaban ocultas en sus pliegues, e incluso se perdían por los agujeros de la parte inferior. No tardaron en sustituirlo por una alcancía de latón que Tomás había rescatado del fondo de un cajón de su habitación.

Durante toda la semana, en sesiones de dos horas, se convirtieron en los jockeys de aquellas monturas electrónicas hasta comenzar a dominarlas por completo. Así, durante la tarde del miércoles Tomás ya tenía el récord de puntuación de Galaga, siendo el más hábil con los gatillos a la hora de despanzurrar a esos alienígenas con forma de insectos voladores.

Jony le había dado fuerte a Final Fight y, con su personaje favorito Haggar —un tipo fortachón, con bigote a lo Magnum, del que se decía era el alcalde de la ciudad donde se ambientaba el juego— había conseguido completar la aventura un buen puñado de ocasiones, cada vez perdiendo menos vidas y gastando menos continuaciones.

Nicolás era menos perseverante y bastante más volátil que sus dos compañeros, por lo que alternaba su estancia en las diferentes máquinas cada diez minutos. En ocasiones, cuando no estaba despachando delincuentes en el callejón de Hogan, acompañaba a Jony en las peleas callejeras o animaba a Tomy en su empeño por librar al universo de las huestes marcianas.

En un par de días, “El Sótano”, como ya lo habían apodado, se había convertido en un lugar totalmente familiar, un punto de reunión acogedor en el que podían sentirse seguros, evadirse de las preocupaciones y disfrutar de sus hobbies favoritos.

Tomás, sin embargo, haciendo gala de su perfeccionismo innato, se dio cuenta de que en aquel lugar faltaba alguna cosa importante para convertirse en un lugar mágico. Sospechó que debían darle un toque personal a la sala, una estética que reflejara los gustos de cada uno de

ellos y que anunciara a los cuatro vientos, “Eh, éste es nuestro espacio, nuestro sótano de las maravillas”. Al día siguiente, por consenso, cada uno tuvo la responsabilidad de llevar un par de pósters de sus películas, series o videojuegos favoritos. Con todos ellos, y una vez seleccionados los mejores, adornarían las paredes del lugar.

Jony, quien era muy fan de los dibujos animados japoneses, llevó sendas ilustraciones de “Bola de Drac” en las que aparecía un Son Goku de corta edad sobre su nube mágica, además de otro póster de la serie Musculman en el que el héroe Musculator sostenía un gigantesco tazón de estofado de buey.

Tomás era el más cinéfilo de los tres. Aportó una gran lamina de “El imperio contraataca” y otra de “Aliens: El regreso”, en la que Sigourney Weaver sostenía a la pequeña Carrie Henn en una mano y un pesado rifle lanzallamas en la otra. También llevó algunas pegatinas de personajes variados, como Gizmo, ET y Sloth, de los Goonies, para pegarlas en los muebles de los arcades, del futbolín o del billar americano.

Si bien la estética era importante, no lo era menos adecuar la estancia con las comodidades necesarias. Nicolás echó mano de sus habilidades para hacerse con varias hamacas plegables de loneta, similares a las que se solían usar en las terrazas de los chalets, o en la playa, de las cuales aseguraría que las encontró en la basura, a pesar de su impecable aspecto.

—Un sofá y una nevera, y te juro que podría quedarme a vivir aquí —aseveró Tomy.

—Veré qué puedo hacer…—respondió Nico, acariciándose el mentón.

Pasaron el resto de la tarde del jueves decorando el salón con todo el merchandising que habían podido recopilar. Al final de la jornada, El Sótano había dejado de ser una olvidada habitación llena de muebles envueltos para convertirse en el sueño húmedo de cualquier adolescente.

—Buen trabajo chavales —expresó Tomás—. Esto se merece una inauguración por todo lo alto.

A Jony la idea lo prendió como si fuera pasto seco.

—¿Y si mañana quedamos y organizamos una partida de rol? Podríamos traer bebidas, bocabits, doritos y otras mandangas.

Todos miraron al instante hacia la mesa central. Aquel mueble tenía cierta atracción mística, como un aura oculta que podía sentirse con tal sólo echarle una mirada. Era de una fineza extrema, de un color canela

tenue y elegante, y emitía un brillo cautivador. Era evidente que sería el escenario ideal para una partida de “brisca”, de póquer o del “siete y medio”, pero a la vista de tres jóvenes preadolescentes, aquello tenía pinta de ser el perfecto campo de batalla para sus aventuras roleras.

Ni qué decir que a todos les pareció una idea magnífica. Cada uno comenzó a lanzar ideas sobre bebestibles y cosas para picar que podrían llevar para amenizar la velada del día siguiente.

La reunión que marcaría el punto de partida de un viaje épico hacia los confines de las tinieblas.

Capítulo 8

“El portón metálico se cierra en lo profundo de la mazmorra con un sonoro estruendo. Los héroes miran atrás y se dan cuenta de que están atrapados allí abajo, sin más provisiones que dos raciones de pan, una ración de cecina y una cantimplora con un tercio de agua en su interior.

Saben que la Espada Mágica de Ethûn, así como la propia Princesa Plateada, están encerradas en algún lugar de este calabozo pero ignoran la profundidad de la caverna y la cantidad de habitaciones que deberán recorrer hasta dar con ellas. Y viendo el escaso avituallamiento del que disponen, sospechan que deben darse prisa en encontrarlas y buscar una salida de ese lugar sombrío.”

—Jonathan, estimado compañero, temo informarle que estamos bien jodidos —recitó Nico con cierta pomposidad, arrancando a su compañero una media sonrisa.

—Tranqui colega, tengo acero y músculos suficientes para mandar al infierno a cualquier bicharraco que se nos ponga por delante.

—Un momento, un momento… —interrumpió secamente Tomás. —. A ver, tíos, se trata de que os metáis en el papel de vuestros personajes, ¡que esto es un juego de rol, coñe!

Jony y Nico resoplaron con ligero desdén.

Aquella tarde El Sótano tenía el aspecto de una taberna medieval. La mesa central estaba iluminada con varias velas apoyadas en el interior de unos vasos de vidrio turbio, y el resto de la habitación permanecía en una evocadora penumbra. Las ventanas tan sólo permitían dejar ver débiles halos de luz de las farolas del exterior.

La mesa, magnifica, estaba a rebosar de chucherías, bolsas de patatas fritas y botellas de refresco. En la mitad de la tabla había varios folios que emulaban el plano de un calabozo y un par de figuritas de plomo parecían aguardar su turno para entrar en acción.

—Para empezar, Nico, debes dirigirte a él como Bálthin, cacique de las hordas bárbaras de las Tierras del Oeste, terror de las hordas goblin y el mayor especialista en espadas a dos manos de toda la región.

—Un nombre sencillo y fácil de recordar, señor. En lo que tardo en pronunciarlo, los goblins pueden ir a hacerse una taza de café —respondió

Nicolás con sarcasmo.

—Y tú —continuó Tomás, dirigiéndose a Jony—, joder, ¿te imaginas a un guerrero bárbaro, en un mundo de fantasía, diciéndole a su compañero "tranqui colega"? ¡No tiene ningún tipo de coherencia! ¿Para qué me curro las aventuras si luego las jugamos como nos sale de los huevos?

Los jugadores permanecieron unos segundos en silencio. Sin duda Tomás tenía algo de razón en enojarse, pues eran bien conscientes del esfuerzo que suponía crear una campaña desde cero, imaginar todos y cada uno de los detalles de la misma y, por último, planificar y guiar a los personajes a través del guión de la misma. Pero no era menos cierto que Tomás solía tomarse tan en serio sus aventuras de papel y lápiz que, en ocasiones, podía llegar a resultar bastante insoportable.

Una vez asimilado el rapapolvo continuaron con el juego.

"La sala donde nos encontramos parece una antigua celda de piedra. Las paredes están construidas con enormes guijarros pegados unos sobre otros mediante argamasa. Varias lámparas de aceite iluminan débilmente la habitación, pero desde vuestra posición no alcanzáis a ver más allá de la oscuridad.

Debéis tomar una decisión sobre qué hacer a continuación para salir de la celda e ir en busca de vuestro destino"

Nico se avanzó, con iniciativa.

—Me dispongo a explorar la estancia. Haré una tirada con mi habilidad de percepción.

Tomás, como un buen Game Master, entregó el dado de veinte caras a Norwindel, un joven hálfling* de las comarcas norteñas, entre cuyos mayores logros se encontraba el arrebatar una esmeralda de poder de las manos de un poderoso dragón milenario, así como multitud de hurtos de mayor o menor trascendencia.

*Los hálflings eran seres de pequeño tamaño, de estatura similar a los enanos pero complexión algo más atlética, análogos a los hobbits del universo de J.R.R. Tolkien.

El dado rodó sobre la mesa con brío, rotó sobre sí mismo durante 3 segundos y, finalmente, se detuvo mostrando un número 15 en su cara superior.

—¡Toma ya! —expresó Nico, con alegría desatada—. Eso es un acierto

en toda regla.

Tomás hizo un rápido cálculo con la ayuda de las tablas de puntuación impresas e sus fotocopias, y prosiguió con el resultado de la acción.

—Comienzas a posar tus manos sobre las paredes frontales y, de repente…¡Clac! Una de las piedras cede y te permite empujarla hacia el fondo del muro. De repente escuchas un ruido como de cantos rodados despeñándose por un barranco, y a los pocos segundos una estrecha puerta aparece ante vuestros ojos.

—Buen trabajo, pigmeo, ya empezaba a pensar que no saldríamos de esta—indicó Bálthin, sosteniendo todo su peso sobre su enorme espada, apoyado en el mango.

Extasiados por él éxito de Nico en la tirada de percepción, no alcanzaron a percibir el brillo perverso y repentino en los ojos de Tomás.

—Pero mientras celebráis, por sorpresa…¡un grupo de arañas de las cavernas aparece entre las rocas y os cierra el paso! —exclamó magnificente, gesticulando con sus manos, elevadas sobre su cabeza como un maléfico mago que acabara de invocar a un terrible espíritu.

Lejos de venirse abajo, los jugadores acogieron la desventura con cierto jolgorio, y se prepararon para el ataque.

—La carne de cañón ideal para probar el poder de mi juguete —presumió Jony-Bálthin, relamiéndose ante sus futuras presas mientras frotaba su espada imaginaria—. ¡Me lanzo al ataque cuerpo a cuerpo usando mi gran fuerza!

—Muy bien, ¡lanza tu dado y encuentra tu destino! —respondió el Game Master.

Tomás tenía perfectamente planificado el encuentro con las arañas y, como buen organizador, otorgó a los monstruos de características de fuerza y constitución suficientemente bajas como para resultar un buen sparring, un calentamiento suficiente para probar a los personajes, pero sin resultados mortales.

El problema de los juegos de rol es que, según los caprichos del azar, una mala tirada puede dar al traste con todo lo planeado. Y eso, precisamente, es lo que sucedió en este caso.

En primer lugar, la tirada de Jony resultó una pifia absoluta. El dado se detuvo sobre la hoja que imitaba el plano de planta de una mazmorra,

mostrando un número uno en su cara superior.

—Me cago en la…—alcanzó a maldecir Jony.

—Bálthir corre hacia las arañas con la enorme espada entre sus dedos…—describió Tomás, enfático—…en el momento en que tropieza con uno de los guijarros que han caído de la pared, con la mala suerte de que su espada sale volando verticalmente hasta caer de punta y, atravesando su slip de piel de oso desde la cintura hasta los talones, se clava dolorosamente en su pie derecho. Lo que queda del calzón desciende hasta los tobillos de Bálthir, quedando en pelotas ante las asquerosas alimañas.

Nico estalló en carcajadas al imaginar tremenda escena.

—¡Ahora las puedes matar de vergüenza ajena, aprovecha!

Pero era el turno de la araña, que se disponía a contraatacar sobre el desventurado guerrero. Tomás lanzó un dado de veinte caras para revelar el poder de ataque sobre Bálthir y…

—¡Veinte! Coño, un crítico… —murmuró Tomás, empezando a darse cuenta de que las aventuras de Norwindel y Bálthir iban a resultar bastante poco memorables—. Mmm…pues parece que la araña se lanza contra el bárbaro y le arranca la cabeza de un sólo bocado…

—¡Venga tío, no me jodas!—gritó Jony, indignado—. ¿Pero no era el señor de los guerreros, el terror del no se qué más y más poderoso que la madre que lo parió? ¿Me puedes decir cómo un insecto puede haber matado a mi personaje en su primer ataque?

—Y yo qué quieres que te diga, ¡es lo que ha salido en los dados!—respondió Tomás, ahora ya sudando la gota gorda y visiblemente desconcertado por el devenir de los acontecimientos—. Además, no todo está perdido: Norwindel aun puede revertir la pelea y sanarte si consigue salir de la mazmorra.

Pero la suerte quiso que Norwindel, de forma heroica, lanzara su daga contra las arañas, con tan mala fortuna que ésta rebotó contra la pared y recorrió todo el camino de vuelta hacia él, incrustándose justo en la parte superior de su cráneo. Una espuma babean supuró de su boca por los costados antes de caer al suelo, sin vida.

La indignación invadió El Sótano como una mancha de petróleo expandiéndose en el océano.

Y el pobre Tomás, además de su propia vergüenza, tuvo que soportar como pudo los encendidos reproches de sus compañeros, quienes antes

de comenzar la partida habían estado una hora creando sus hojas de personaje, rellenando los cuadros con las armas y objetos que portaban, e imaginando el trasfondo personal de dichos individuos de fantasía.

—Pues nada, revívenos; pasamos a la siguiente habitación, y punto. No nos vamos a quedar aquí tirados como dos pringaos —exhortó Jony.

—Esto no funciona así —replicó Tomás—. Vuestros personajes han jugado y han muerto, fin de la historia. Probablemente el destino no les tenía deparado encontrar a la princesa y su espada mágica, por lo que debéis crearos un nuevo par de personajes e intentarlo de nuevo.

—Ufff, vaya tostón —se quejó Nico al tiempo que juntaba, en el aire, sus dedos pulgar e índice—. Estoy a esto de ponerme a jugar a las maquinitas.

—Ni de coña —respondió Jony—. Venga, las arañas han desaparecido, continuamos en la sala siguiente.

El rostro de Tomás se encendió al rojo vivo, en vista del poco respeto hacia su magna obra.

—¿Con que esas tenemos? Bien, bien.

Tomás se levantó de su hamaca extendió sus brazos como en un ritual de magia negra. Su forma de respirar denotaba cierta desesperación.

—Vale, avanzáis hacia la siguiente sala. Vuestras heridas están sanadas y las arañas han desaparecido por completo…

Jony y Nico se echaron una mirada de feliz complicidad. Tomás prosiguió.

—…en el momento en que…¡un terrible súcubo de nivel diez aparece en mitad de la estancia entre un torbellino de fuego y ceniza!

La cara de Jony se convirtió en un poema. Y de los tristes.

—¿Un súcubo? ¿Habiendo muerto contra unas estúpidas arañas? Tu estás flipando tío…

—Bueno, ¿no queríais caldo? Pues tomad un par de tazas —respondió Tomás con resquemor.

Jony alargó su mano hasta el bol de las patatas fritas y arrojó una de ellas sobre el rostro de Tomás, quien contraatacó lanzando un proyectil en

forma de bocabit sabor pizza.

—Creo que somos los héroes más penosos sobre la faz de este mundo. No salvaríamos ni a una lombriz de ser comida por un gorrión —se burló Nicolás, con sus manos sobre la nuca y meciéndose sobre su silla.

Justo en el momento en el que se estaba gestando la madre de todas las peleas, la ventana situada en la zona más al fondo del sótano emitió un crujido de madera gastada y se abrió verticalmente, de un golpe, ante el asombro de los tres jóvenes.

Apenas era posible divisar cosa alguna, pero desde el exterior comenzó a adentrarse en la sala una misteriosa criatura.

Se escuchó el golpe de la ventana al caer de vuelta sobre sus bisagras, y aún más retumbó el sonido de los pies de esa entidad al hacer contacto con el piso del sótano.

Los chavales se apretujaron frente a la parte trasera de la mesa, prácticamente abrazados, ante el horror que avanzaba desde la mesa de billar americano en dirección a donde ellos se ubicaban.

—Cr-cr-creo que hemos invocado algo de otro mundo —tartamudeó Nicolás, desprovisto de cualquier sarcasmo.

Las pisadas del ente sonaron cada vez más y más cercanas, y ya parecían alcanzar la mesa de futbolín.

Los escuálidos rayos de luz de las velas impactaron por vez primera sobre la silueta de la criatura. Los tres trataron de quitarse de la cabeza la idea de que un súcubo, uno de esos horrores provenientes del averno, pudiese haber entrado por la ventana de su sala de juegos. Al fin y al cabo, todo eso no eran más que historias de fantasía, creadas por la mente de unos frikis con mucho tiempo libre.

Pero el convencimiento llegó al darse cuenta que la figura que los miraba fijamente desde la otra punta del mesón tenía una forma claramente femenina. Y una melena de un color tan rojo como los fuegos perpetuos del infierno.

Capítulo 9

—¿Se puede saber qué narices estáis haciendo en mi refugio?

El súcubo permanecía de pie junto al frontal del mesón mientras mantenía una mirada inquisidora hacia el otro extremo de la tabla. La débil luz de las candelas tan solo permitía imaginar las intenciones de aquella entidad traída por la oscuridad.

Ante la interpelación, la única respuesta de los chavales fue un silencio nervioso. Apenas pudieron escucharse algunos sonidos guturales, generados por la sorpresa, el desconcierto y el miedo. Los tres se apretujaron todavía más dentro de su metro cuadrado.

La joven advirtió los rostros de terror de los muchachos, algo que provocó en ella una notable estupefacción, seguida por unas incontenibles ganas de reír.

—Tengo que admitirlo, cuando me pongo seria soy bastante aterradora, pero no imaginé que os cagaríais en los pantalones —dijo de repente, y acto seguido se desplazó hasta la pared adyacente para pulsar el interruptor que traería de nuevo la luz eléctrica a la sala.

Ahora su figura era plenamente identificable: la de una chiquilla de unos trece años de complexión esbelta. Su melena cobriza, corta por debajo de la oreja parecía sostenerse en el vacío como por arte de magia y vestía ataviada con una camiseta holgada de un grupo grunge de nombre impronunciable y unos tejanos estrechos de color rojo guinda.

Ante el panorama de lo evidente, los críos se incorporaron ciertamente avergonzados, sofocados, y carraspearon para expulsar su espanto al exterior.

—Para ser un súcubo se parece bastante a una cría ordnaria—susurró Nicolás, quien se llevó inmediatamente un codazo de Jony.

—¿Cómo me has llamado? —gritó de inmediato la chiquilla—. Mira, no tengo ni idea de lo que significa eso pero te juro que voy a buscar un diccionario, y como me estés llamando puta o algo parecido voy a patearte el culo hasta que se me rompan las bambas.

—¡No, tranquila! —respondió Tomás, dirigiéndose a la joven y tratando de calmar los ánimos de los presentes—. Disculpa a mi amigo, mira…creo

que todo esto no es más que un malentendido.

Se hizo un escueto silencio, a la espera de las aclaraciones pertinentes.

—La verdad es que nos has dado un buen susto entrando así, de repente, por la ventana. Te hemos confundido con otra cosa.

—Ya veo —respondió la niña, pensativa—, me habéis confundido con el coco, el hombre del saco o algo parecido. La verdad es que es bastante tierno —añadió, en tono burlesco—, pero eso no responde a mi pregunta inicial. ¿Qué estáis haciendo en mi casa?—. Su mirada volvió a la dureza inicial.

—¿Estás diciendo que vives en un sótano abandonado lleno de polvo y mugre? —inquirió Nico.

—Sí, y ¿cómo es que en una semana no te hemos visto por aquí? —completó Jony, con vehemencia.

La chica se acercó de nuevo a la mesa y apoyó sus dos manos sobre el borde de la madera, adquiriendo un aire solemne.

—Obviamente no vivo aquí. Vivo en mi casa, con mi padre, y duermo en una cama mullida y limpia. Pero este es mi refugio. Y según deduzco de tus palabras —lanzó una mirada felina a Jony— yo lo encontré antes que vosotros, pues hace dos semanas que descubrí la entrada a este sótano. Lo cual quiere decir, mocosos, que estáis invadiendo mis dominios.

Jony sintió una dolorosa punzada al darse cuenta de lo torpemente que había desvelado sus cartas.

—Todo eso está muy bien, pero imagino que tendrás forma de probar eso que dices —dijo Tomás con seguridad—. Mi amigo Nico descubrió este sitio y todas estas máquinas estaban como nuevas, sin desembalar. Comprenderás que es difícil que nos traguemos que en dos semanas pasando por aquí no tocaste ni una de las recres y simplemente, estuviste aquí haciendo siesta.

La jovencita torció el gesto.

—Puede que no me gusten los jueguecitos. No creeréis que soy tan friki com vosotros, tres pardillos que se juntan para jugar con muñequitos e imaginar que son duendes, dragones y quién sabe qué otras ridiculeces de niño pequeño.

Lo que pretendía ser una daga en el corazón del amor propio de los muchachos no surtió el efecto deseado, pues en lo más profundo de sus seres, ellos amaban aquellos juegos y aventuras imaginarias como la criatura Gollum a su tesoro.

Pero lo que era cierto es que el argumento de la chica era factible, pero no constituía una prueba real que demostrase que su llegada el El Sótano hubiese sido anterior a la de los chavales. De alguna forma estaban en un enroque, en tablas, y sin una solución para desempatar.

Entonces la joven adquirió una pose pensativa.

—Se me ocurre una idea para resolver esto. Ya que os gustan tanto las maquinitas, ¿qué os parece si nos lo jugamos todo a una partida?

Los rostros de los críos reflejaron entonces una incredulidad asombrosa. Los ojos de la chiquilla, en cambio, se encendieron como una hoguera de San Juan.

—Lo haremos al mejor de 3 partidas. Si ganáis, os quedáis con el local y no volveré a molestaros. Y si perdéis, sacáis vuestros sucios culos de mi refugio y os largáis para siempre de aquí.

—¡Hecho! —exclamó Jony sin pensarlo dos veces—. Con una condición: nosotros escogeremos el juego.

La chica asintió con desdén y Jony se relamió ante la oportunidad de machacar a su contrincante en un duelo en el cual podrían escoger sus armas.

Tomás y Nico, en la misma frecuencia de onda, sospechaban que algo no cuadraba en todo aquello, pero ante la posibilidad de perder aquél local de ensueño entendieron que no había mejor posibilidad que jugar con sus mejores cartas. Y si de algo estaban seguros era de sus habilidades con el joystick.

Pero Tomás no pudo dejar de fijarse en esa mirada, esa llama viva en los ojos de la joven que, de algún modo, provocó en su corazón un encogimiento súbito, sobrecogedor.

Capítulo 10

Los tres amigos se reunieron en un breve concilio con el fin de decidir cuál sería el juego que marcaría el destino de El Sótano.

—Esta tía no sabe de qué va este cuento, creo que nos vamos a divertir bastante—dijo Jony, mirándola de reojo desde el corrillo.

—No sé, tíos, hay algo que no me cuadra —indicó Tomás con seria preocupación—. ¿No encontráis raro que haya sido ella quien haya propuesto el duelo, sabiendo que nosotros somos unos viciados?

—Sin duda la chica tiene espíritu. Vamos, que es una sobrada de la leche —comentó Nico—, pero creo que no sabe realmente hasta qué punto somos buenos en esto.

Tomás no quedó demasiado convencido, pero accedió a trazar un plan que garantizara el éxito.

—Está bien, supongamos que se trata de una de esas chicas a las que les gusta jugar a videojuegos —comenzó Tomy, como un entrenador que da instrucciones a sus pupilos antes del pitido inicial—. Por lo que yo he podido ver, a las chicas les gustan los juegos de plataformas o los de puzzles, pero dudo que jueguen a juegos de lucha uno contra uno. Creo que, por probabilidades, si escogemos uno de este estilo tendremos el menor riesgo de perder.

Sus compañeros parecieron comprar esa teoría.

—Para eso, yo soy el más indicado —anunció Jony, postulándose ya de primeras como candidato y reclamando esa responsabilidad. Sus amigos estuvieron de acuerdo—. De todas formas creo que exageras. Ella ni siquiera tocó las recres en todo el tiempo que estuvo aquí. ¿Crees que alguien a quien realmente le gusten estos cacharros podría dejar pasar la oportunidad de jugarlos, teniéndolos a su alcance? Estoy convencido de que podría ganarle a cualquier juego con una mano en el bolsillo.

—Míster Modestia ataca de nuevo —bromeó Nico—. Pero te advierto: como la nena te deje en ridículo te lo vamos a recordar hasta el día de tu jubilación.

—Que os den. Dejad paso al maestro.

La chiquilla aguardaba con los brazos en jarra, observándolos desde el podio de su auto-convencida superioridad. Jony disolvió el corrillo y se le acercó, decidido.

— Street Fighter. Al mejor de tres rounds—dijo Jony, ofreciendo su mano firme.

La chica correspondió con un apretón de un vigor inesperado.

— Buena elección —aceptó con una sonrisa de visible satisfacción. Su fino labio superior dejó entrever ligeramente sus encías, que coronaban una blanca y perfecta dentadura, en el instante en que sacaba un par de guantes sin dedos del bolsillo de sus tejanos y procedía a colocárselos con felina meticulosidad.

—Esto no me gusta nada…—le dijo Tomy a Nicolás, poniéndose el parche antes de la herida.

Los dos contendientes se situaron a los mandos del arcade de Street Fighter II. Éste estaba adornado con fotos de los diferentes luchadores en el marco del monitor, y con varias ilustraciones de mayor tamaño en los laterales de la cabina.

La pantalla inicial hizo su aparición y Jony introdujo el crédito necesario para poder iniciar la partida. Al llegar a la pantalla de selección de personajes, la chica hizo lo propio.

—Voy a usar a Guile, supongo que no te importa…

—Puedes coger a quien te dé la real gana. Yo siempre elijo a Chun Li —espetó la joven.

La suerte quiso que la pelea a vida o muerte en China se llevara a cabo en EEUU, en las dependencias de un hangar. Diversos soldados, sentados sobre cajas de madera parecían alentar al luchador americano mientras éste aguardaba el inicio del combate frente a su oponente, una bella peleadora asiática de larguísimas y musculosas piernas.

Guile comenzó el combate retrocediendo unos pasos, quedando a una distancia prudente del alcance de su oponente. Pronto lanzó un primer sonic boom, una onda de energía proyectada directamente hacia el adversario, que logró impactar de lleno sobre el rostro de Chun Li. Ésta reaccionó en seguida con un salta hacia atrás ganando espacio de

reacción.

En los siguientes compases se produjo un intercambio de proyectiles, esquivados con mayor o menor fortuna por ambos contendientes.

Con el combate ligeramente decantado a favor de Jony, éste decidió tomar la iniciativa y liquidarlo por la vía rápida. Acercó a Guile hasta el cuerpo a cuerpo y asestó numerosos golpes duros sobre Chun Li, quien permanecía a cubierto ante las acometidas del fortachón soldado americano.

--¡Dale Jony, la tienes contra las cuerdas! --le alentaron sus compañeros, extasiados por el feliz camino que levaba el combate.

En pocos segundos la barra de vida de Chun Li se fue agotando hasta quedar vacía por completo. La feroz luchadora cayó contra el pavimento con un gran alarido, ante la pose chulesca de su rival.

Tomás y Nico celebraron con vítores la eficiente victoria de su amigo, quien había conseguido mantener casi el 50% de su barra de vida intacta. Un triunfo incontestable.

--No está mal para ser una chica –pronunció Jony dirigiéndose a su contrincante, Sus palabras no sonaron burlescas en absoluto, sino más bien de una sinceridad profunda. La chica nunca fue rival en este asalto, pero consiguió arrancar algo de vida al personaje controlado por Jony lo cual, para él, ya fue toda una sorpresa. Pero la joven pelirroja no mostraba signo alguno de decepción, ni mucho menos de humillación. Su semblante era serio, pero contenido, de una serenidad aterradora. Sus manos se apartaron por un momento del joystick y se entrelazaron en un sonoro crujido de nudillos.

--Veamos si el siguiente round me ganas tan fácil –contestó, dirigiendo una mirada felina y terrorífica hacia su enemigo.

El sonoro ¡Fight! apareció de nuevo sobre la pantalla, dando paso al comienzo del segundo asalto.

El combate tomó unos derroteros mucho más dinámicos, y la lucha se enzarzó en un duelo de golpes cercanos y patadas voladoras. Las dos barras de vitalidad comenzaron a bajar de forma balanceada a compás del clec-clec de los botones y los sticks. Jony parecía en trance, concentrado en ejecutar sus golpes especiales a la velocidad del rayo; su contrincante mantenía una impasible inexpresividad que contrastaba totalmente con la tremenda velocidad de sus dedos.

Y mientras Nico jaleaba y proclamaba himnos al viento, Tomy advirtió esa expresión vacía, casi tenebrosa en el rostro de la joven, algo que lo

llenó de una profunda desconfianza.

El asalto comenzaba a llegar a su desenlace, con ambos rivales con menos del 10% de vitalidad. Apenas un cuerpo separaba a los dos personajes y Jony, en un nano-segundo, decidió que su sonic boom compondría un glorioso final. Quizá el destino, el acierto o la habilidad de su enemiga quiso que Chun Li pegara un tremendo brinco por encima de la onda energética y acabara posando su tacón derecho sobre la cabeza de Guile. Éste salió proyectado hacia atrás con un grito de dolor. Ante la sorpresa de los presentes, la chica había ganado el segundo asalto de manera agónica.

El Sótano quedó en silencio por unos segundos, como tratando de asimilar una situación que no estaba prevista en el guión.

--Tranquis, un accidente lo tiene cualquiera –dijo por fin Jony, intentando devolverse a si mismo la confianza perdida. Si bien el asalto había caído del lado de su oponente, éste había sido sumamente igualado y estaba seguro de que el tercero y definitivo no supondría mayor problema.

Pero entonces la chiquilla giró su cuello hasta incrustar su mirada en la de Jony. Esta vez sus ojos estaban rebosaban fuego y sus labios dibujaban una sonrisa maléfica.

--Se acabó el calentamiento –recitó, relamiéndose en cada palabra.

Tomás y Nico se miraron, horrorizados. Jony no le dio demasiada importancia al comentario, hasta que se dio cuenta de que el tercer round había comenzado y la chica aun le mantenía preso con la mirada. Envuelta en un halo de gélida magia oscura la joven machacaba los botones del arcade sin apartar sus pupilas de las de su adversario a la velocidad de un ciclón. Las extremidades de la luchadora asiática cortaban el aire como cuchillos e impactaban en el cuerpo del fornido Guile procurándole mortales heridas, hasta reducir su barra de vitalidad al mínimo y transformar su figura en la de un pelele tambaleante.

Jony estaba petrificado; la muchacha, entonces, acercó sus labios al borde de su oído y pronunció con regodeo:

--Sayonara, baby--. Y la patada giratoria subsiguiente mandó a Guile directamente al cielo de los personajes de videojuego, sin pasar por la casilla de salida y sin cobrar las 20.000 pesetas.

Las caras de los 3 muchachos eran un poema, una mezcla de terror e incredulidad que generaba un vórtice de energía oscura, absorbiendo cualquier destello de optimismo. Habían perdido el sótano, su sótano, su maravilloso refugio, jugando con sus reglas y, lo que era aun peor, a

manos de una chica.

--¡Me cago en la puta! --profirió Jony enajenado, y acto seguido le propinó al arcade una patada que ni el mismísimo Mark Lenders podría haber igualado. Ante el asombro de todos el mueble se desplazó medio palmo y se inclinó sobre su base en un ángulo de 45 grados, quedando en un singular equilibrio.

--¡La recre! --gritó la chica al ver el devenir de acontecimientos, con los ojos desencajados y con las manos sobre la cabeza.

Y sin que nadie pudiera hacer nada para remediarlo el mueble de la máquina recreativa se desplomó sobre el suelo en un grotesco estruendo que retumbó en todo el sótano y generó una nube de polvo de considerable espesor.

--¡Yiiiiiiiiii! --chilló la pelirroja, presa de una histeria severa. Su rostro se iluminó como un tomate maduro y sus ojos eran antorchas en la oscuridad de la noche.

--Ahora sí que la has hecho buena, pedazo de gorila...--murmuró Nico, mirando de reojo a su rubio compañero--. Perdemos nuestro sótano por tu culpa y encima ahora esta pirada devorará nuestra alma.

—Esperad, joder –indicó Tomy con prudencia--, quizás no esté rota, puede que aun podamos recuperarla. Nico, ayúdame a ponerla en pie otra vez.

Ambos se acercaron de inmediato al armatoste caído y no tardaron en darse cuenta del secreto que se había revelado justo debajo.

Chavales, creo que hemos dado con algo...

Capítulo 11

Los 4 jóvenes se apelotonaron alrededor del estropicio. El impacto del mueble contra el suelo había abierto una tremenda herida en la superficie del parquet. Bajo la base de la máquina, ahora inclinada, se había generado un boquete de unos 10 centímetros por el que la débil luz del sótano trataba de filtrarse a duras penas; sin embargo, a través del orificio se advertía claramente la existencia de una recámara subterránea.

— Parece que hemos encontrado el sótano de El Sótano —jugueteó Nicolás.

Entre todos levantaron el mueble hasta colocarlo en posición vertical y lo deslizaron hasta apartarlo del lugar del impacto, permitiendo así ver el alcance de los daños. Uno de los listones había sido partido en un extremo, generando así el hueco por el que se hacía visible la sala inferior.

Otra de las tablas había resultado afectada, pero únicamente se había doblado de forma convexa, sin llegar a quedar amputada por completo.

— ¿A quién demonios se le ocurriría construir una habitación sin puertas? —se preguntó Jony, al tiempo que se inclinaba sobre el suelo para examinar el interior del orificio.

— Es raro, ciertamente —contestó Tomás—. Puede que la hicieran sin permiso de obra y no tuvieran más remedio que ocultarla para evitar un multazo. O quizá —imaginó— puede que la hicieran para ocultar algo, como el las pistas para el tesoro de los Goonies, ¿os acordáis?

— Sin ánimo de aguarte la fiesta, esas cosas sólo pasan en las películas y, más concretamente, en las películas americanas —replicó Nico, avinagrado—. Hay más posibilidades de encontrar el cadáver de Walt Disney ahí abajo que un tesoro fabuloso.

—- Basta de cháchara. Dejad paso, mequetrefes —pronunció la chica del pelo rojo, mientras apartaba a los muchachos con tremenda decisión. Acto seguido comenzó a hacer palanca sobre los tablones quebrados, tratando de abrir una vía hacia la nueva sala. Tras unos instantes de duda los chavales la imitaron en su empeño.

En pocos segundos el agujero había sido ampliado hasta una medida en la cual cualquiera de ellos podía deslizarse hacia el interior. Jony

acercó una linterna de bolsillo y enfocó hacia la penumbra.

— No es muy profundo, creo que podemos bajar de un salto.

— ¿Y luego cómo subimos, Einstein? —contestó Nico con sorna. Pero ni dos segundos después de ese latigazo la joven ya se encontraba precipitándose al abismo. Su aterrizaje fue sordo, como un saco de harina arrojado sobre el mesón de una panadería.

— ¡Tiradme la linterna!

Jony, todavía herido tras su sonrojante derrota, no soportó que de nuevo le pasaran la mano por la cara.

— Ni de coña, bonita. Apártate, voy a bajar.

El suelo retumbó a su caída como las cornetas del infierno. Sin duda Jony puso de su cosecha, pues era bien sabido entre sus compañeros que gustaba de las entradas pomposas y rimbombantes. La joven suspiró, resignada.

Linterna en mano, y tras un par de giros para ubicarse, comenzó a explorar la habitación. La chica lo siguió de cerca, convertida en su sombra. Pronto se alejaron del lugar donde estaba el boquete de entrada y quedaron fuera de la vista de Tomy y Nico.

—¡Eh! ¡Podríais irnos diciendo qué es lo que estáis viendo, por lo menos! —sugirió Tomy, aunque sonó más como una exhortación.

— A ver qué hacéis por ahí abajo, pillines...¡Las manos donde pueda verlas! —se burló Nico, arrancando una ligera sonrisa a su compañero. Pero por alguna razón Tomás se sintió repentinamente incómodo con el comentario, sin saber exactamente el motivo.

La voz de Jony desde el interior de la caverna lo devolvió de su ensoñación.

— ¡Eh tíos! Ya podéis ir bajando. Creo que hemos encontrado el tesoro de Billy el Tuerto.

Capítulo 12

El haz de luz de la linterna enfocó con timidez una de las paredes de la habitación en una búsqueda nerviosa por encontrar alguna especie de interruptor. Sobre la redondela amarilla emergió la pálida mano de Tomás, que acariciaba la rugosidad de la muralla con la delicadeza de quien amasa el lomo de un caniche. De repente se oyó un clic y una chispa en el techo comenzó a convertirse gradualmente en una bombilla colgante que extendía una cálida lumbre sobre la estancia. Las figuras de los 4 jóvenes se hicieron presentes justo en el centro del lugar.

El sitio no mediría más de diez metros cuadrados. Las paredes estaban rebozadas de papel pintado marrón oscuro con pequeñas cenefas, muy al estilo británico, como aquellas casas de dos plantas que salían en las comedias inglesas que se emitían de vez en cuando en TV3. No existían cuadros u adornos en ellas, lo que otorgaba a la habitación un aspecto similar al de una cueva subterránea. Arrimada a una de las paredes se encontraba una vieja mesa de madera aparentemente maciza, con poderosas patas ribeteadas por grabados y arabescos y cuya belleza resultaba enmohecida por varias capas de polvo y suciedad. Sobre ella se alzaba un televisor de marca desconocida, que a simple vista se advertía de unas veinticinco pulgadas, cuya pantalla también gobernada por la mugre se curvaba hacia fuera de forma más pronunciada de lo habitual. Tenía un panel sencillo, minimalista y casi sin botones; de hecho a primera vista daba la impresión de que el aparato carecía de botón alguno. Frente al televisor había una pequeña mesa de centro. Sobre ella se podía ver un pequeño aparato rectangular cubierto de polvo, sin elementos llamativos más allá de un par de interruptores on/off y reset. Por los cables que colgaban de su parte posterior podía concluirse que era un dispositivo que se conectaba al televisor de algún modo. Bajo la mesa, una caja de cartón de dos palmos cuadrados cerrada y precintada.

En el otro extremo de la pieza había un viejo sofá de algodón marrón, de 3 plazas, situado frente del televisor. Ni rastro de otras sillas o taburetes. Reconocidos los pocos elementos de aquella estancia, el lugar se asemejaba a una vieja sala de estar.

Nico se lanzó de un salto sobre el sofá mediante un vistoso tirabuzón aterrizando sus posaderas sobre los mullidos cojines, mientras Tomás y Jony se interesaban por el aparato de televisión. La chica,

brazos en jarra, inspeccionaba toda la extensión de la sala girando su cuello de izquierda a derecha, como un faro iluminando el mar oscuro.

--¡Este sitio mola un huevo! --exclamó Nico desde la comodidad de su

asiento.

Tomás tampoco salía de su asombro. Inquieto, se limitaba a inspeccionar las conexiones del televisor para tratar de ponerlo en marcha pero no encontraba el botón adecuado.

--Esto es muy raro--murmuró la voz de Jony desde detrás del aparato--. En esta pared no hay conexión de antena. Y este sitio es demasiado cerrado para que funcione con una de cuernos.

--¿Para qué querría alguien tener una tele en un sitio donde no se puede ver ni la carta de ajuste?--se preguntó Tomás en voz alta.

--Puede que tuviera conectado un reproductor de vídeo—apuntó Nico, al tiempo que se le encendía una bombilla--.¡Ah! ¡Quizás es una sala de cine secreta para ver pelis porno...!

--¿Pelis qué?--respondió Tomás.

--¡Serás pringao!--se rió Jony a carcajadas--. ¡Pelis de tetas y culos!

--Ya lo sabía--respondió avergonzado y disimuló toqueteando la mesa de centro--. Es que se me ha metido polvo en la oreja al bajar y no oigo bien, joder. Por cierto, este aparato de aquí no es un VHS ni un Beta. De hecho no parece un vídeo.

Jony se acercó a verlo. Ambos bajaron su mirada hasta el frontal del artilugio y pudieron distinguir varias entradas de conexión, parecidas a las que tenían las consolas para conectar los mandos. Sin embargo el aparato no disponía de logo o descripción alguna y se asemejaba más a un radio-reloj despertador que a una consola de videojuegos. Tampoco había rastro de ningún control remoto o pads para utilizarlo

--¿Buscáis esto?

La chica se encontraba de cuclillas frente a la caja de cartón, ahora abierta, que había sacado de debajo de la mesilla. En su mano izquierda sujetaba una especie de mando de control con cable. Dentro de la caja se alcanzaban a ver varios paquetes transparentes que parecían contener otros mandos similares.

Todos se acercaron alrededor de la caja con enorme expectación. La joven comenzó a sacar los mandos y a repartirlos entre los integrantes del corrillo, quienes no dudaron en romper los precintos de inmediato para poder tocar y experimentar con aquellos objetos. Claramente eran control-pads de un sistema de videojuegos, pero su forma y colores no se asemejaban a ninguna consola del mercado. Tenían una forma trapezoidal redondeada en sus vértices, con una cruceta de movimiento y una especie

de joystick diminuto que la acompañaba en su sector izquierdo; a la derecha, dos filas de botones de acción con tres botones por sección. La parte central contaba con un botón de start y en el canto superior del mando se ubicaban dos botones alargados en forma de gatillo. El tacto del dispositivo era suave y agradable, de un plástico diferente y menos duro que el de los pads de NES o Megadrive; era uno de esos materiales que da gusto recorrer con el filo de una uña.

Ansiosos, los chavales conectaron sus pads a los puertos frontales de la sobria consola. Para su sorpresa comprobaron que justo existían cuatro entradas, por lo que en teoría el sistema debía permitirles jugar de forma simultánea. Sin mediar palabra Nico saltó hacia el lugar donde se ubicaba la televisión y la enchufó a la corriente mediante una toma situada cerca del zócalo. Tomás hizo los honores pulsando el interruptor de la consola al estado ON. Acto seguido se abalanzaron sobre el sofá, quedando los cuatro apelotonados en él de forma algo cómica y sujetando cada uno su respectivo control-pad: Jony y Tomás se hicieron con el centro del tresillo, la chica pudo acomodarse al lado de Tomy, junto al brazo izquierdo del sofá mientras que Nico, el último en aterrizar, luchó por hacerse hueco en el brazo derecho, quedando finalmente despatarrado y con medio cuerpo sobre el regazo de Jony.

Entonces pudieron observar como un diminuto círculo blanco comenzaba a expandirse en la pantalla del televisor hasta convertirse en un gran óvalo granulado, acompañado por el ensordecedor ruido de una frecuencia mal sintonizada. A los pocos segundos el óvalo estalló en un rectángulo de luz blanca que cubría la totalidad de la pantalla y que inundó por completo la habitación, dejando temporalmente ciegos a los 4 ocupantes del sofá. Cuando recuperaron la visión se dieron cuenta de que el aparato de televisión contenía la siguiente leyenda, con letras gigantes:

HÉROES

ELIJAN SUS

DESTINOS

Las letras permanecieron unos segundos en pantalla hasta que se fueron desvaneciendo gradualmente en un fondo oscuro.

Y a continuación apareció una pantalla totalmente diferente.

Se dividía en 4 partes aparentemente iguales, en columnas separadas en una tabla de selección. Cada columna disponía de diferentes secciones, entre las cuales se distinguía un recuadro con la foto de un personaje, otro con el nombre por defecto del avatar, otros para seleccionar su raza y especialidad, así como diversas estadísticas y habilidades a escoger. En la parte inferior existía un selector de armas y, finalmente, un botón de OK para confirmar la selección. Quedaba claro que se trataba de alguna especie de juego de rol.

Los chavales quedaron de inmediato absortos y pegados a su pad y comenzaron a interactuar con la interfaz sin pronunciar palabra alguna, atraídos por una especie de mística inabarcable. Pero al comenzar a trastear con el cursor para personalizar su personaje vieron algo que los dejó completamente helados.

Los nombres de los personajes coincidían con sus nombres reales.

Los chavales cruzaron sus miradas y encontraron en sus compañeros el mismo semblante estupefacto que imaginaban ver. Después de todo, ¿qué posibilidad había de que por una siniestra casualidad los personajes del juego se llamaran igual que ellos en la realidad?

Tomás repasó los nombres de sus compañeros en la pantalla y reparó en la columna de la chica. Recordó que en ningún momento ella les había desvelado su nombre de pila y que, quizá por la velocidad a la que se habían presentado los acontecimientos ellos no habían tenido la ocasión (y el valor) de preguntárselo. En el recuadro de personalización del personaje de la muchacha aparecía su nombre: MINA. Tomás la miró entonces, encontrándose con la mirada de la pelirroja.

--Mucho gusto—pronunció secamente la joven. Tomás se limitó a asentir con el mentón.

Pero el sobresalto con los nombres de los avatares no impidió que los jóvenes continuaran personalizando sus personajes y preparándose para el juego. En pocos segundos se habían familiarizado con la interfaz y ya tenían lista su configuración de personaje. Así pues, Tomy se convertiría en un poderoso brujo con enormes habilidades para la magia negra y blanca; Jony, fan acérrimo de las películas de Conan protagonizadas por Arnold Schwarzenegger (sobretodo de su secuela, Conan el Destructor) escogió ser un fornido bárbaro, equipado con un formidable hacha; Nico por su parte escogió un perfil menos vigoroso que le venía como anillo al dedo: el del ladrón. Su personaje se equipaba con armas de corto alcance pero disponía de tremendas habilidades para la infiltración y para el descubrimiento de tesoros. Y por último Mina escogió ser una elfa de atlética envergadura, amante de las armas de largo alcance como arcos y

ballestas, pero hábil también con espadas de todo tipo.

Una vez hubieron terminado, todos situaron el cursor sobre el texto OK y pulsaron el botón START de su mando. Entonces el pálido óvalo volvió a la pantalla y ésta se fundió a un blanco intenso que iluminó de nuevo toda la estancia.

Y de repente, en un segundo, todo se volvió oscuro.

Capítulo 13

El fulgor de las llamas de una pequeña y aún joven hoguera se proyectaba débilmente sobre los troncos de los árboles, ocultos trágicamente por la espesura de la noche. El círculo de luz se expandía hacia los costados, marcando un perímetro de unos veinte pasos de diámetro que formaba un claro en medio de un tupido bosque de álamos, pinos negros y abedules, cuyo suelo era una densa alfombra de pinaza semi-seca adornada con piñas de todos los tamaños y cubierta de hojarasca color café.

Tras la pira de leños incandescentes varias siluetas de mediano tamaño y lacia envergadura jugueteaban sobre la tela de una enorme tienda de campaña de color caqui, similar a la de un campamento medieval y cuyo umbral curvo la hacía asemejarse a una extraña ermita. Varias de las figuras gruñían a viva voz mientras brincaban en una danza surrealista, casi ebria. A los pies de una de ellas, otra estampa de complexión más fornida se agitaba como una lombriz recién sacada de un árbol podrido, con su cabeza apoyada sobre un enorme tocón y sujeta por una raída bota de lamentable aspecto.

--¡No dejes que se menee tanto, estúpido! --rechinó una voz de bisagra oxidada--. Si lo fileteas mal la carne quedará amarga como el vino de Kragarn y el jefe nos colgará a todos por “inectos”.

El puño de una de las siluetas reventó contra el húmero de otra de ellas, generando un macabro alarido.

--¡Se dice “ineptos”, pedazo de “inúrtil”! --pronunció el más alto de los seres que allí se encontraban, mientras dirigía de inmediato su mirada hacia el tocón--. Tú, termina de una vez con esto y vámonos a cazar a los otros. Si los pillamos a tiempo hoy habrá carne suficiente para alimentar a toda la horda.

Un pequeño goblin de aspecto enjuto y cadavérico luchaba con gran esfuerzo por mantener a su presa, un joven de apariencia humana, sobre la superficie de un tronco liso. El engendro sudaba como un puerco mientras intentaba sujetar a su prisionero de cualquier manera, apuntando de forma intermitente el filo de un enorme cuchillo negro y mellado al cuello del desventurado. Llevaba varios minutos intentando sin éxito colocar la cabeza del mismo sobre el tocón y mantenerla quieta para asestarle el tajo final, pero la víctima siempre conseguía zafarse en el último segundo haciendo que el filo impactase con un ruido seco sobre la madera. Tras el enésimo intento fallido el cabecilla de la manada perdió definitivamente la paciencia.

--¡Aparta mameluco, hijo de una hiena sifilítica! --graznó, y de un empujón hizo volar a la incompetente criatura hasta los pinos más cercanos--. Yo te enseñaré cómo se “faena” una presa—. Y acto seguido agarró por los andrajosos cabellos al joven y colocó su cabeza de un golpe sobre el sólido tronco, quedando severamente aturdido por el impacto. El chico, vestido como un soldado raso de algún ejército desconocido, quedó así expuesto y a merced del que iba a convertirse en su verdugo. El goblin levantó el cuchillo de carnicero por encima de sus hombros hasta su punto máximo, enfocó su mirada en el cuello del joven humano y comenzó el descenso final.

--¡Alto ahí, gaznápiros! ¡Liberad a ese desdichado o enfrentaos a vuestro destino!

El enorme arma blanca del goblin impactó sonoramente sobre la madera, a medio palmo de los ojos del prisionero, que se abrieron de par en par por el tremendo impacto sobre los restos del árbol. La mirada de la criatura, más llena de curiosidad y odio que de sorpresa o incredulidad, se dirigió hacia la poderosa lumbre generada por los maderos en combustión. Al otro lado, 4 adolescentes ataviados con pintorescos ropajes observaban de pie la macabra ceremonia.

--¿Siempre tienes que decir cosas tan pedantes? --dijo Jony, apoyado en su enorme hacha de batalla y dirigiéndose a Tomás mientras, se tapaba la cara con la otra mano, señalando su vergüenza ajena--. En serio tío, no tienes remedio...

La manada de goblins, compuesta por seis individuos, se arremolinó entorno a la hoguera. La luz del fuego reveló las monstruosas facciones de las criaturas, repletas de hendiduras, rajas y recovecos por los que se filtraba una mezcla de sudor, saliva y otros fluidos de estomagante aspecto. Sus fauces se mostraban ahora sin problemas, sus mandíbulas abiertas como el cajón de una vieja mesita de noche y unos semblantes verdes y más bien poco amigables. Todos ellos portaban algún tipo de

herramienta o arma cortante en alguna de sus manos y, a pesar de andar vestidos con harapos tenían, sin ningún tipo de duda, un aspecto de lo más amenazante.

El cabecilla ––el más alto de los seis– se abrió paso entre sus compinches y se colocó frente a los cuatro jóvenes. De un vistazo se adivinaba que su rango difería del de sus compañeros, pues diversas chapas metálicas en forma de hombreras y tachuelas adornaban su indumentaria. Su aspecto era serio y más sereno que el del resto, y se limitaba a inspeccionar a los muchachos de forma analítica.

--No los veo muy dispuestos a negociar—advirtió Nicolás con

preocupación, mirando hacia sus colegas. Jony dio un paso adelante.

--Yo digo que aplastemos a estos pringaos, mi hacha está sedienta de sangre de goblin--. Mina pareció asentir en silencio al desenvainar las dos espadas cortas que colgaban a su espalda. Acto seguido las agitó en el aire en un malabar de lo más estético.

Al ver en guardia a los jóvenes el jefe goblin tomó la palabra .

–Os creéis muy valientes, sucios humanos, apareciendo en la oscuridad de la noche—pronunció serenamente, con voz tenebrosa--. Por desgracia para vosotros estamos en una cacería, y estáis locos si pensáis que un goblin dejará escapar una presa. Y eso os incluye a vosotros, pequeños despojos—dijo relamiéndose con avaricia. Sus acólitos estallaron de júbilo.

--¡Así se habla jefe, rebanemos sus cuellos!

--¡Destripémoslos y comamos de su tierna carne!

--¡Cortémoslos en pedazos y echémoslos al estofado!

Ante semejante catarsis diabólica Tomás y Nico retrocedieron medio paso de forma inconsciente, tensando sus músculos e intentando disimular una mueca de terror. Los monstruos comenzaron a rodear al grupo de forma lenta y progresiva hasta formar un tenebroso corrillo. Uno de los engendros se acercó a Nico para susurrarle algo al oído y provocarle un gélido escalofrío:

--Te voy a cortar el cuello hasta que te desangres como una gallina de corral –pronunció, entre risas y gruñidos salidos de un pozo podrido y nauseabundo.

Ante tales signos de amenaza inminente los chavales se dieron cuenta de que no tenían más salida que defenderse. Todos se miraron y parecieron conectar sus mentes en un mismo pensamiento.

--¡A la carga! --gritó Tomás con un poderoso alarido.

De manera natural cada uno de los pequeños aprendices de héroe se emparejó con uno de los esbirros, salvo Tomás que prefirió permanecer en la retaguardia. Jonathan lideró el ataque con su enorme iniciativa y lanzó un mandoble a dos manos con su hacha en una formidable diagonal tratando de abrir en canal a su oponente, quien pudo zafarse a duras penas y salvó el pellejo por milímetros. La alimaña contraatacó por instinto tratando de ensartar el muslo del guerrero con su trasnochada navaja, pero esta pasó a centímetros de su poderoso cuádriceps. Se notaban nervios en esas primeras embestidas y prever un resultado final

en este encuentro se antojaba una tarea arriesgada.

A un metro escaso de esta pareja Mina brincaba de manera formidable sobre el lomo de un horrendo goblin verde oscuro, haciéndole trastabillar hasta casi derribarlo sobre el sotobosque. En su aturdimiento el desventurado no alcanzó a advertir la trepidante media vuelta de la chica quien, a dos manos, cruzó sus sables alrededor de su esquelético gaznate, provocando el resultado esperado y dejando al individuo fuera de combate. Un goblin cercano, pareja de baile de Nicolás, quedó en shock ante tal alarde de agilidad y fuerza y facilitó que el pequeño ladronzuelo alcanzase el flanco perfecto para cruzarle su daga en el costado. Decenas de murciélagos surgieron en la noche y barrieron el claro tras el infernal berrido emitido por la criatura que, herida de muerte, se desplomó como un saco de cebollas secas sobre una alfombra de hojas podridas.

Mientrastanto Tomás se encontraba en serias dificultades. Por sus condiciones físicas no podía enfrentarse mano a mano con ninguna de las criaturas por lo que trató de concentrarse en sus capacidades para la magia. El problema era que desconocía como usar sus poderes y se limitó a cerrar los ojos e imaginar que dos brillantes bolas de fuego emergían de sus manos abiertas. Cosa que no sucedió. Y para su desgracia, el jefe goblin avanzaba hacia él con sed de sangre armado con un machete de dos palmos.

--¡Gilipollas, espabila, que viene a por ti! --alcanzó a gritar Jony antes de asestarle un puñetazo vertical en toda la mollera a su adversario--muy al estilo Bud Spencer--, dejándolo viendo estrellas y hasta constelaciones enteras. Sin perder un segundo se revolvió y retrocedió a toda prisa como un bisonte en la estepa. El cabecilla de los goblins levantaba ya el filo sobre la cabeza del mago cuando Jony lo impactó con un portentoso hombro en un tremendo placaje, hasta derribarlo sobre el suelo del bosque y descoyuntando a la desgarbada figura. Tomy permaneció con los ojos cerrados en todo momento, pero sintió en su ser todo cuanto estaba ocurriendo ante él. A pesar de permanecer ajeno a la batalla sabía perfectamente que su amigo acababa de salvarle la vida.

Un chillido de odio atravesó la estancia como un relámpago.

--¡Han derribado al jefe! ¡Venganza, sangre!¡Destripemos a esos humanos!

Los dos goblins que aun permanecían en pie se lanzaron como chacales a la caza de Jony con sus ojos inyectados en sangre y sus mandíbulas supurando una oscura bilis. El pesado cuerpo del joven guerrero no le permitió erguirse a suficiente velocidad tras la caída y de repente se vio a merced de las dos bestias, dispuestas a despedazarlo en nombre de su

superior, quien también permanecía en el suelo visiblemente perjudicado.

En medio segundo, dos sonidos atravesaron el aire como el machete de un pirata que desciende por las ajadas velas de un bajel.

¡FFFFFUUUUP!

¡FFFFFUUUUP!

Tomy abrió los ojos de golpe y la imagen que descubrió fue la de dos verdosos infelices ensartados por sendas flechas de madera: uno de ellos permanecía erguido con la boca abierta, con una punta metálica asomando en su pecho agujereado; el otro caía de lado en un vigoroso tirabuzón, con una visible flecha clavada en el cogote. Al fondo, junto a la hoguera, la silueta de la chica arco en mano, cuya cuerda aun se agitaba por la descarga de la tensión acumulada. El mago advirtió su tez serena y seria, como la de un francotirador de la Segunda Guerra Mundial tras enviar al otro barrio a un enemigo, algo que le provocó un sentimiento casi tan terrorífico como la estampa de los goblins hambrientos abalanzándose sobre ellos.

El jefe de las alimañas no pudo reprimir un grito de frustración y rabia ante su desgracia. Presa del odio, se levantó de un salto y cargó de manera fanática contra Jony, que se incorporaba en ese momento a duras penas. El engendro agarró el mango de su puñal con ambas manos como un brujo en un sacrificio ritual y, con todas sus fuerzas, lo bajó hacia la espalda del bárbaro.

--¡Muere, apestoso saco de músculo!

Jony, ya felizmente incorporado, basculó hacia un costado, agarró fuertemente su hacha con las dos manos como un bate de béisbol y retiró sus poderosos bíceps unos centímetros hacia atrás.

—Disfruta el vuelo, alimaña.

El impacto fue de tal magnitud que el caudillo de los goblins salió volando despedido fuera del claro, por encima de los abedules que delimitaban el lugar acompañado de un terrible bramido. A pesar de no ver el lugar exacto de su caída, el estruendo que produjo su cuerpo al caer más allá del bosque no dejaba lugar a dudas sobre el destino de ese infeliz.

Un reparador silencio envolvió el bosque después de la batalla, quebrado solo por el crepitar de la madera incendiada. En pocos segundos, lo que había sido un formidable caos se había transformado en un bucólico

remanso de paz.

A los pies de un álamo cercano a la gigantesca tienda de campaña, el individuo que había estado a punto de morir degollado a manos de las diabólicas criaturas reposaba sentado, con la espalda apoyada en el sólido tronco. Sus ojos permanecían brutalmente abiertos y parecían proyectarse hacia el infinito, fijos en un punto indetectable, y grandes surcos de sudor profanaban su rostro de porcelana blanca, cubierto en parte por traviesos mechones de pelo graso que caían sobre su frente de forma bastante caprichosa.

El movimiento súbito de 4 sombras borrosas provocó que su mirada se enfocara nuevamente hasta obtener una panorámica nítida de las personas que tenía delante. Una de las figuras se situó a la altura de sus ojos, acuclillada sobre la alfombra de hojas secas.

–Tranquilo hombre, que no te vamos a comer –indicó Nicolás al tiempo que le guiñaba un ojo–. Puedes considerarte un "colega" con suerte, cuando se trata de salvar a inocentes podemos ser bastante "enrollados". La verdad es que esos "capullos" daban bastante "yuyu", si no llegamos a pasar por aquí la habrías "espichado". ¿Qué "narices" estás haciendo aquí solo en mitad del bosque?

El pobre diablo, cuyo cerebro fue incapaz de procesar la retahíla de extraños modismos que el desconocido había pronunciado, se limitó a balbucear conceptos básicos.

–Me llamo Garfield...soy un guarda del destacamento de... –comenzó, con dificultad. Un hondo suspiro llenó sus pulmones e incrementó su capacidad para expresarse–. Soy un guarda del destacamento de Vardy. Me encargaron vigilar el campamento mientras los exploradores cumplían la misión, pero entonces aparecieron esos monstruos...

Nico lo escrutó con interés mientras se acariciaba el mentón, y tras unos segundos respondió con un ligero recochineo.

–Déjame que te diga, Garfield, que como guarda dejas bastante que desear. Sin embargo, no es menos cierto que dejar a alguien solo al cuidado de un asentamiento es bastante arriesgado. ¿Puedes decirme dónde están John Arbuckle, Odie y el resto de la granja de Orson?

El individuo pareció desconcertado.

–No conozco a ningún John –gruñó–, y la única granja que conozco es la porqueriza de Bern Puñocerrado, en Vardy. Si te refieres a mis compañeros de destacamento, salieron antes de la puesta de sol hacia la Cueva de la Araña Escarlata y me dejaron a cargo del cuidado de la tienda y de las provisiones–indicó, bajando la mirada con cierto pesar–.

Obviamente es poco menos que una locura dejar todo esto en manos de un solo hombre, pero necesitaban todos los efectivos posibles allí abajo. Y, si te soy sincero, estamos bastante desesperados.

El mismo Nicolás y Jonathan sujetaron de la mano a Garfield y lo ayudaron a incorporarse. El guarda, que de inmediato se dio cuenta de lo impresentable de su aspecto, se sacudió el polvo de la ennegrecida camisola con brío y recuperada energía. Seguidamente alzó una mano hasta su dolorido cuello y se repasó la nuca con una caricia sanadora. De repente pareció conectarse nuevamente con la realidad.

–¿De dónde demonios salís vosotros? –exclamó, brazos en jarra–. Llevo casi un año como miembro del gremio de exploradores, recorriendo los bosques, los ríos y los cerros de la comarca y jamás había visto individuos de vuestra calaña –explicó, al tiempo que reparaba en las diferentes armas que exhibían–, y puedo suponer por vuestros atuendos y habilidades que debéis ser una clase de mercenarios de las Tierras Nostálgicas. ¿Qué os trae por estos oscuros y lejanos parajes?

Tomás, con los ánimos algo recuperados, tomó el mando de la conversación.

–Disculpa el corrosivo lenguaje de mi compañero. De hecho, aciertas en buena medida en tus observaciones, pues venimos de tierras muy lejanas en busca de aventuras y, aunque no nos gusta llamarnos mercenarios, gustamos de ayudar a cualquiera que necesite de nuestros servicios a cambio de una recompensa. Y, por lo que he podido oír, existe algún tema que os tiene preocupados. Quisiera escuchar tu historia y ver de qué forma podemos ayudar.

Garfield se rascó la cabeza con fruición, antes de convencerse de que no tenía nada de malo relatar lo sucedido a quienes le habían salvado el pellejo pocos minutos atrás. Invitó, pues, a los presentes a tomar asiento alrededor del fuego mientras iba a buscar unas cosas dentro de la tienda. A los pocos segundos volvió con una vieja alforja de tela de saco colmada con panecillos de trigo tostados. De un bolsillo exterior extrajo varias lonchas de cecina ahumada y las repartió, junto con los bollos, entre los miembros del corrillo.

–Veréis, todo comenzó con la desaparición del Arcángel.

"El nuestro es un pueblo de gente corriente, de comerciantes y campesinos, gobernado desde hace varios años por una asamblea ciudadana que representa las ideas de todos los que vivimos en él. A diferencia de los reinos cercanos, donde todo el mundo está bajo el mandato de un soberano, en Vardy disfrutamos de un sistema igualitario, en el que cualquier ciudadano puede compartir sus problemas y elevarlos a la asamblea para ser tratados como corresponde. Y esto es posible

gracias sobretodo a la lucha y benevolencia de nuestra líder, Jordana de Vardy.

Ella es oficialmente la alcaldesa de nuestro poblado, aunque no nos permite dirigirnos a ella como tal. Es descendiente de una conocida familia militar y fue la responsable de la liberación de Vardy tras la invasión goblin que tuvo lugar hace casi un lustro, gracias a su liderazgo e inteligencia como estratega. Luchó cara a cara contra esos monstruos pese a su juventud y se ganó el respeto de todo el pueblo. Tras la batalla, y por aclamación popular, se le propuso la gestión municipal a todos los niveles y se le otorgaron plenos poderes para gobernar nuestra ciudad, pero ella declinó la oferta y, contra lo establecido, propuso la creación de una asamblea en la que todo el mundo pudiese tomar parte de las decisiones, quedando ella únicamente en un perfil de consejera en jefe. Desde entonces ella nos ha guiado sabiamente en todas las dificultades que se nos han presentado. De ahí a que entre los ciudadanos se la conozca como La Prócer.

Por desgracia, con el paso del tiempo la presencia de los monstruos comenzó a multiplicarse. El asedio a nuestro poblado llegó a ser tal que la gente se vio desbordada; nuestros cultivos eran saqueados casi a diario y la presión de esos demonios no nos permitía salir a cazar o a recolectar frutos, ni siquiera podíamos salir a buscar agua al riachuelo sin temer morir a manos de una de esas bestias. Hordas y más hordas se agolpaban ante nuestras murallas y, a pesar de que Jordana nos insufló coraje y optimismo, ella misma sentía en su corazón que nuestra derrota era cuestión de tiempo.

Pero entonces, un día, llegó el Arcángel.

A lomos de un hermoso corcel castaño cabalgaba el Caballero Plateado, penetrando como un cuchillo en las filas goblin y derribando decenas de engendros a su paso con su gigantesco y brillante escudo. Los horrendos seres brincaban como pulgas al paso del caballo y caían destruidos sobre la explanada ante la sobrehumana potencia de aquel caballero y los que quedaban vivos huían despavoridos para salvar la vida. Recuerdo los vítores de la gente ante aquel milagro, ante aquella demostración de poder divino que, contra pronóstico, nos había salvado a todos. La Prócer, tan sorprendida como cualquier ciudadano, no dudó en abrir los accesos para recibir al héroe y conocer más cosas sobre él.

Poco pudimos descifrar de aquél personaje, pero a nadie se le escapó el detalle de que entre él y Jordana se estableció una especie de química inmediata. Ambos parecían congeniar en su manera de entender el mundo, la justicia o la vida misma y, no en vano, de aquel primer contacto nació un acuerdo mediante el cual Stoldark, que así se llamaba el paladín, acudiría en defensa de Vardy a la llamada de su alcaldesa. Y bien saben los dioses que ese trato se cumplió sin matices, pues en adelante

Jordana y Stoldark combatieron sin descanso a las tropas goblin en innumerables ocasiones ante el gozo y la alegría de todos los habitantes de Vardy. Había quien comenzaba a insinuar que entre ambos héroes existía ya algo más que camaradería, pero la mayoría creía que no eran más que chismorreos de gente ociosa."

El hombre hizo una pausa para aclararse la garganta. Sin duda se encontraba mucho mejor, lo cual le dio aun más fuerzas para proseguir con el relato. Los jóvenes se limitaron a escuchar con respetuoso entusiasmo.

"Dicen los ancianos que la felicidad es un pétalo a merced del viento. Por desgracia para nosotros, un día de otoño Stoldark dejó de acudir al llamado de La Prócer. Sin noticia alguna del paradero del caballero, los rumores sobre la muerte del Arcángel se extendieron como una plaga y envenenaron los ánimos de la gente, pero sobretodo de Jordana que, desesperada, cabalgó sin tregua los territorios cercanos en busca de una respuesta que, para desgracia de todos, nunca llegó.

En una de las travesías hacia el norte, acompañada de un pequeño grupo de reconocimiento, nuestra líder sufrió una emboscada. El único superviviente retornó a Vardy a duras penas, muy malherido, y en su lecho de muerte alcanzó a relatar que La Prócer había sido secuestrada por una jauría de asaltantes trasgos y que todos los miembros del grupo de exploradores habían sido cruelmente asesinados. La única pista que teníamos era que los villanos pusieron rumbo al Bosque de Bayas, al suroeste."

–Ya veo –intervino Jony–, así que creéis que vuestra líder podría encontrarse presa en algún lugar de este bosque.

–Esa es, al menos, nuestra esperanza. Tras saber la noticia de su rapto organizamos una tropa de exploradores y partimos hacia este bosque. Hasta ayer llevábamos varias jornadas recorriéndolo, sin éxito. Sin embargo, uno de nuestros hombres recordó que en lo más profundo de la espesura existe una profunda cueva, habitualmente repleta de goblins y regentada por una criatura devoradora de hombres...

–La Araña Escarlata –pronunció Mina de repente, sobresaltando a los presentes.

–Sí... –respondió Garfiled, afligido–, tan solo mencionar su nombre me provoca escalofríos. Sospechamos que Jordana pueda estar atrapada dentro de la caverna. Me duele reconocerlo pero si ella ha sido víctima de la araña, Vardy y todos sus habitantes nos enfrentamos a un terrible final.

Los cuatro jóvenes se miraron entre ellos, asintiendo con la mirada. Nico alargó un brazo y apoyó su mano sobre el hombro del explorador.

–No se hable más, querido. Iremos a rescatar a su Jordana –contestó Nico con entusiasmo, antes de dirigirse a sus compañeros –. ¿Vamos, quién se apunta?

Alrededor de aquella hoguera, en mitad del bosque oscuro, todos los presentes alzaron sus manos y sonrieron ante la emocionante aventura que estaba por llegar.

Capítulo 14

–Seguid el sendero junto al riachuelo. Según mis compañeros la cueva no debería estar muy lejos de este claro –indicó Garfield con seguridad.

–¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros? –preguntó Tomás, preocupado–. Ya has visto lo peligroso que es quedarse solo en este bosque, y si aparecieran más monstruos esta vez no habría nadie para sacártelos de encima.

El explorador respondió con una graciosa reverencia.

–De nuevo, os agradezco enormemente que salvarais mi vida, pues sin vosotros mi cuerpo ya sería pasto de las lombrices. Pero mi deber es vigilar este campamento y poner a salvo lo que queda de las provisiones hasta que los míos retornen con la misión cumplida.

Tomás suspiró con pesar, aceptando sin embargo su decisión.

–Cuando deis con la cueva no dudéis en buscar a Jareth. Él es el jefe de exploradores, seguro que os recompensará como merecéis si le ayudáis a rescatar a Jordana. Sabiendo los pocos efectivos de que disponemos, cualquier apoyo es bienvenido.

Los cuatro aventureros comprobaron sus posesiones y se dispusieron a partir. Cada uno de ellos recogió una de las antorchas que Garfield les había preparado con estacas y unos trozos de tela vieja que previamente había empapado en un líquido inflamable. Al borde del estrecho camino que se adentraba en la negrura del Bosque de Bayas, se giraron para mandarle un saludo de despedida. El joven explorador les devolvió el gesto agitando su mano en el aire. Cuando hubieron desaparecido en la espesura de la noche, se sentó junto a la lumbre y se arropó a sí mismo, pensativo, mientras observaba la madera convirtiéndose en el polvo gris de la ceniza.

La espesura de la vegetación convertía el sendero en un pasillo de poco más de un metro de ancho, iluminado por la luz de las antorchas que lo atravesaban como si fueran enormes luciérnagas. Mina, quien lideraba la fila india, desaceleró hasta colocarse a la altura de Tomás, dejando que Jonathan comandara el grupo. Sin disimulo alguno se dirigió al más joven con vehemencia.

–Espero que seas consciente de que casi provocas que nos maten a todos –pronunció–. La próxima vez que nos encontremos con monstruos como esos, más te vale que seas capaz de algo más que quedarte quieto

esperando que te salven el culo.

Tomy, ruborizado, no fue capaz de emitir palabra alguna, pues era consciente de no haber estado a la altura enfrentando a los goblins. Jonathan y Nico oyeron la reprimenda y el primero de ellos no dudó en acercarse a su compungido compañero, mientras la pelirroja apretaba de nuevo el paso hasta retomar, de nuevo, el liderazgo de la expedición.

–Hey, vamos. Pasa de ella –le susurró Jony mientras posaba una mano sobre su hombro– . No es más que una creída con los humos subidos; la próxima vez los freirás a llamaradas, de hecho casi he podido ver como tus manos echaban humo antes de cargarme a ese bicho...

–Ella tiene razón –admitió con triste honestidad, pero sintiéndose de inmediato reconfortado por el apego de su amigo–, me he bloqueado y os he dejado colgados frente a esos cabrones . Pero, sí –sonrió, al fin–, la próxima vez desearán no haber cabreado al Mago de Fuego–. Jony le dio una palmada afectuosa en la espalda y juntos retomaron la caminata. Tomy tuvo, en ese instante, un recuerdo evocador de un día en el que, junto a su amigo, salieron a jugar al parque de Sant Martí con el monopatín que le habían dejado los Reyes Magos aquel mismo día. Era una tabla de plástico amarilla en forma de óvalo, con ruedas blandas de goma. Mientras intentaba mantener el equilibrio sobre aquél juguete, dos chavales de su edad se le acercaron para pedirle –más bien exigirle– que se lo prestaran un rato. En seguida, ante la mirada cándida del chaval –quien, por otra parte, no tenía forma alguna de competir con ellos físicamente– , los gamberros le sustrajeron el monopatín y se alejaron en dirección al campo de fútbol, más allá del parque. Pero Jonathan no dudó en salir tras ellos y, haciendo uso de su energía y su carácter avispado, les dio alcance y les arrebató el objeto de un fuerte tirón. Ya con el monopatín en sus manos, se permitió el lujo de lanzarles una mirada amenazadora, indicándoles sin palabras que se fueran a freír panteras o de lo contrario se comería sus entrañas a bocados. Los gamberros no volverían a molestarle jamás.

La expedición siguió su curso a través de un camino que parecía estrecharse cada vez más, cerrándose en zarzas y arbustos y aumentando la sensación de agobio, tanto que en más de una ocasión se vieron en la necesidad de utilizar sus armas para abrirse paso entre el denso follaje. A pesar de algunos rasguños en brazos y piernas, esto no hizo decaer los ánimos del grupo y la promesa de la excitante misión les dio fuerzas para seguir adelante.

–Menuda historia nos ha contado el “notas” ese –soltó Nicolás–. Si de verdad los goblins se llevaron a la chica, mucho me temo que de ella ya no quedan ni los huesos. ¿Visteis sus caras? ¡Esos bichos son cosa seria!

–No ha sido para tanto –respondió Jony, ocultando un falso bostezo–, no nos han durado ni dos asaltos. Incluso tu, un mierdecilla con navaja, te has cargado a uno de un solo tajo. Ojalá los próximos sean más fuertes o esto va a ser un auténtico muermo...

–Sí, ¿eh?...Me gustará verte cuando la araña esa muerda tu engreído culo.

Tomy, en la retaguardia, parecía pensativo.

–Es posible que los goblins la raptaran para usarla como ofrenda –propuso el joven mago –. Este tipo de cuevas suelen estar gobernadas por una bestia que aguarda al final de la mazmorra. Seguramente los goblins que habitan en ella no son más que esbirros que alimentan al monstruo para que no tome represalias contra ellos... –explicó, tratando de ser lo más claro posible –. Vamos, para que no los devore a ellos.

Nico se rascó con fuerza el cuero cabelludo.

–Pues peor me lo pones. Si los goblins ya eran fieros, dudo que nadie pueda sobrevivir, solo, ante un bicharraco gigante y hambriento como ese –se lamentó, viendo como se esfumaba la posibilidad de una jugosa recompensa–. Mi gozo en un pozo. –Te equivocas –respondió Tomy con seguridad–. De tratarse de una ofrenda a la bestia, nuestras posibilidades de encontrar viva a la tal Jordana aumentan considerablemente. Piensa que las arañas, en general, no matan a su presa de inmediato. Por el contrario, la adormecen con su veneno y la envuelven para conservarla hasta que llegue el momento de consumirla. Eso nos daría alguna esperanza de encontrarla con vida.

–Ummm...–asintió Jony, acariciándose la barbilla.

–Vale la pena intentarlo –continuó el mago–. Si aun está viva, seguro que podrá darnos más información sobre ese Stoldark y el porqué del aumento de monstruos en estas tierras. Sin duda hay algo raro en esa desaparición tan repentina siendo, como dijo Garfield, un caballero tan poderoso.

–Tan poderoso no sería si alguien se lo ha cargado –interrumpió Mina, agria, desde la vanguardia–.

–Eso no lo sabemos –rebatió Tomás–. No conocemos las circunstancias de su desaparición y si su vínculo con el pueblo de Vardy era tan fuerte es que debió tratarse de algo realmente grave. Pero ya visteis como lo llamó el explorador –prosiguió– : “El Arcángel”. Alguien con un apodo de ese tipo no puede ser derrotado tan fácilmente y, además, la noticia de su

muerte se hubiese extendido por todo el territorio.

La hipótesis de Tomás sonó convincente y todos en el grupo la tomaron como algo factible, por lo que la pandilla continuó su camino con el mismo ánimo con el que había partido. No tendrían que andar muchos pasos más para darse de bruces con un portal de piedra gris, tallado naturalmente sobre una gigantesca roca que sobresalía en la falda de una loma. Era la entrada a la Cueva de La Araña Escarlata.